



José Francisco Cuervo Torres

Cuentos infantiles

Biblioteca DOSMIL

2000
ed
editora
dosmil

CUENTOS INFANTILES

Carátula: Luis Gévez

SE HIZO EL DEPOSITO LEGAL - DERECHOS RESERVADOS

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

Se terminó de imprimir este libro el 29 de febrero de 1976 en
EDITORIAL ANDES.

EDITORA DOSMIL
Carrera 39 A No. 15-11 Tel.: 694800 - Bogotá, Colombia.

H
863.6
C83c

2000
editora
dosmil

JOSE FRANCISCO CUERVO TORRES

(copiar)

CUENTOS INFANTILES

PRIMERA EDICION

ACCION CULTURAL POPULAR

BIBLIOTECA DOSMIL

421968
hpr 98-09-05
8961274

AGD 948

INDICE

	Págs.
Presentación	7
Por qué lloran las lechugas	9
El río Chorlito	21
El árbol más viejo del bosque	37
La locomotora Rosita	51
El pez Filipín y la sirena Margarita	63
El mulo de Francisco	75
Chipiquili	99
El hada Roscón y el príncipe Mojicón	115

Presentación

La casa de muñecas se fue llenando de sombras, mugre y telarañas. Transcurrieron años desde que las niñas habían abandonado el lugar y las encantadoras figuras empolvadas, sucias las pestañas y despeinado el pelo, se mueven ligeramente cuando penetra el viento por las ventanas de la pequeña casa.

Pobres muñecas, solas y colgadas de puntillas dejaron de ser el atractivo y juguete de las niñas. Los días van pasando sin lograr que una sonrisa penetre al recinto y mientras tanto reemplazan a las manos queridas e infantiles que acariciaban los cortos cuerpos de muñeca, débiles hilos tejidos por arañas que no saben de juegos.

Una atrevida enredadera penetra a la casa por la puerta, obstaculizando con sus ásperas y bruscas raíces el movimiento que la puerta ofrecía, para dejar entrar a las alegres chiquitas.

Y así, insectos, animales, raíces y plantas se posesionaron del sagrado centro de juegos para niños.

¿Cuál es el misterio, qué tragedia ocurrió? Nadie, ni paredes ni ventanas, muñecos o juguetes pueden responder. Sólo las lágrimas de un viejo solo, encorvado y achacoso, delatan la pena del haber vivido. Fue su hogar en donde dedicó su vida a sus hijos, quienes como palomas crecieron y formaron sus nidos... y son felices... y también el viejo. La pena que se vive es el presente vital de los adultos y los sombríos y quietos recuerdos del anciano.

Los cuentos para niños, cuando son fruto de la mente del adulto, son deliciosos viajes imaginarios en donde vuelve a ser niño, abandona su cuerpo y retrocede los años hasta sentirse pequeño. Entonces vuelve a asustarse con las sombras de la soledad, no se atreve a caminar sin sentir la tibia mano de su madre y llora... llora porque los niños lloran mucho y también... porque es triste ser mayor.

Perdonen los lectores si estos cuentos llevan en sí la nostalgia de haber dejado de ser niño.

EL AUTOR

Por qué lloran las lechugas

En la Sabana de Bogotá, en una pequeña granja, tiene un campesino sus cultivos.

La tierra es buena, muy negra y se deja aflojar con facilidad.

Para hacer su siembra, el campesino toma la garlancha, el azadón y la pica. Remueve la tierra, la empareja y le agrega abono, que sirve para darle mayor fertilidad.

Algunas veces le pone abono orgánico o estiércol, producido por las vacas y los toros; y otras, el de gallinas, pues dicen que es el mejor. Sin embargo, hay quienes aconsejan el abono químico por ser más rendidor. El campesino a quien estamos refiriéndonos, civiliza la tierra con la ayuda de un buey y un arado. Da gusto ver cómo se mueve la tierra y cómo da la vuelta.

Eufragio, que así se llama el agricultor, fue una vez al almacén de la Casa Alegría y compró semillas de apio, de acelgas, de zanahorias, de rábanos, de coliflor y de lechugas. Dividió la tierra en seis cuadros y a cada uno destinó las semillas que había comprado. Cada día, y al empezar, rociaba sus legumbres y mantenía la gran ilusión de verlas crecer muy rápido.

Los rabanitos, primeros en crecer, de cáscara roja y carne blanca, que nos gusta comer con sal, se sintieron muy ufanos: "Fíjate, dijo un rabanito a su vecino, qué pequeñas y atrasadas se encuentran las amigas de los otros cuadros. Parecen bobas; no saben aprovecharse de la tierra ni del abono".

Al llegar la noche, cuando ya todos los campesinos estaban en sus casas, empezó el hablar del viento por medio de su soplido; la vigilia de la luna, guía de los que se demoran en volver a casa; el ágil movimiento de las aguas del río para arru-

llar con su ruido a los bebés que no se quieren dormir y lo que casi nadie sabe: el diálogo de los árboles y las huertas, con fiestas y celebraciones, cantos y bailes, sin que faltaran allí los mal educados que pelean y riñen arrasándose entre sí.

Pues bien, Eufragio estuvo de malas ya que todas las legumbres resultaron de mal genio y antipáticas. Se diría que los rábanos empezaron la pelea: a medida que crecían, veían a su compañeras apenas asomar la cara y ofensivos y altaneros no dejaron una noche sin hacer burlas. Hasta que el apio, que es más alto, pasó al rábano y lo dejó enjuto y pequeñín. Entonces con sus hojas y con la ayuda del viento, los apios les pegaron a los rábanos y recogiendo malas hierbas los ocultaron en la tierra alrededor de ellos.

¡Qué dolor, qué empujones y qué endurecimiento de la tierra trajo la hierba mala al plantío de los rábanos! Por mucho que trataron de sobrevivir, su raíz, la que da el apreciado fruto, no pudo lograr un buen producto; cuando vino don Eufragio a recoger la cosecha de rábanos, enfurecido echó las matas a las vateas, donde comen su buey, su burro y su marrano. Murieron sin pena ni gloria y humillados pagaron su castigo.

Siguió creciendo el apio y junto a él se desarrollaba el tímido coliflor, que no mostraba su cara

para evitar las peleas, inspirando, ¡gracias a Dios! mucho respeto por sus vestidos grandes de hojas verdes, mayores que las del apio. Entre tanto, crecía la zanahoria, procurando echar muchas hojas, y macollando para que sus compañeras no fueran a molestarlas. Y las acelgas, con sus hojas desparramadas y alegres, hacían fiestas para tratar de mejorar el ambiente de aquel cultivo.



Una noche de luna llena, las amigas acelgas resolvieron hacer una fiesta muy elegante.

Desde muy temprano encargaron a las matas de calabaza, que son las que como enredaderas van de un lado a otro, para que les compraran unas botellas de agua muy pura y harinas de huesos desecados, que junto con cáscaras de huevo constituirían las viandas de la fiesta.

A los curubos grandes, que también son mandaderos, les pidieron que consiguieran unos músicos; y después de dar mucha vuelta, lograron contratar a los hongos para que interpretaran el violín, a las habichuelas y a las alverjas para acompañar como maracas a los violines; y los calabazos, que golpeados suavemente por los papayuelos, sonarían como tambores.

Era menester solo una cosa más: un poco de luz, aparte de la que daría la luna, para alumbrar la mesa en donde se colocarían los comestibles. Buscando y rebuscando de un lado a otro, la señora lòmbriz, por unos pocos centavos, consiguió a las hermanitas luciérnagas que, dispuestas de cuatro en cuatro, parecían candelabros de cuatro velas.

Sonaron las doce de la noche en el reloj de la iglesia y el milagro nocturno se realizó de nuevo. Todas las legumbres empezaron a caminar y las

del cultivo de don Eufragio se dispusieron para acudir al baile de las acelgas.

En fila llegaron los apios, tan finos y delgados, que parecían soldados. Las zanahorias, con sus ramas bien peinadas, caminaron suavemente para no maltratar su lindo piececito. Estas, como es costumbre, se separaron de los apios para no pasar por coquetas y fueron a sentarse junto a las acelgas, que parecían bailarinas. Sus hojas más arrugadas y muy paradas las hacían lucir preciosas. Aparecieron los coliflores, que con sus cabezas blancas parecen artistas, envueltos en sus abrigo de hojas verdes.

Tan sofisticados y buenos mozos atrajeron las miradas de zanahorias y acelgas, quienes, ofreciéndoles agua y abonos, los tenían muy conquistados.

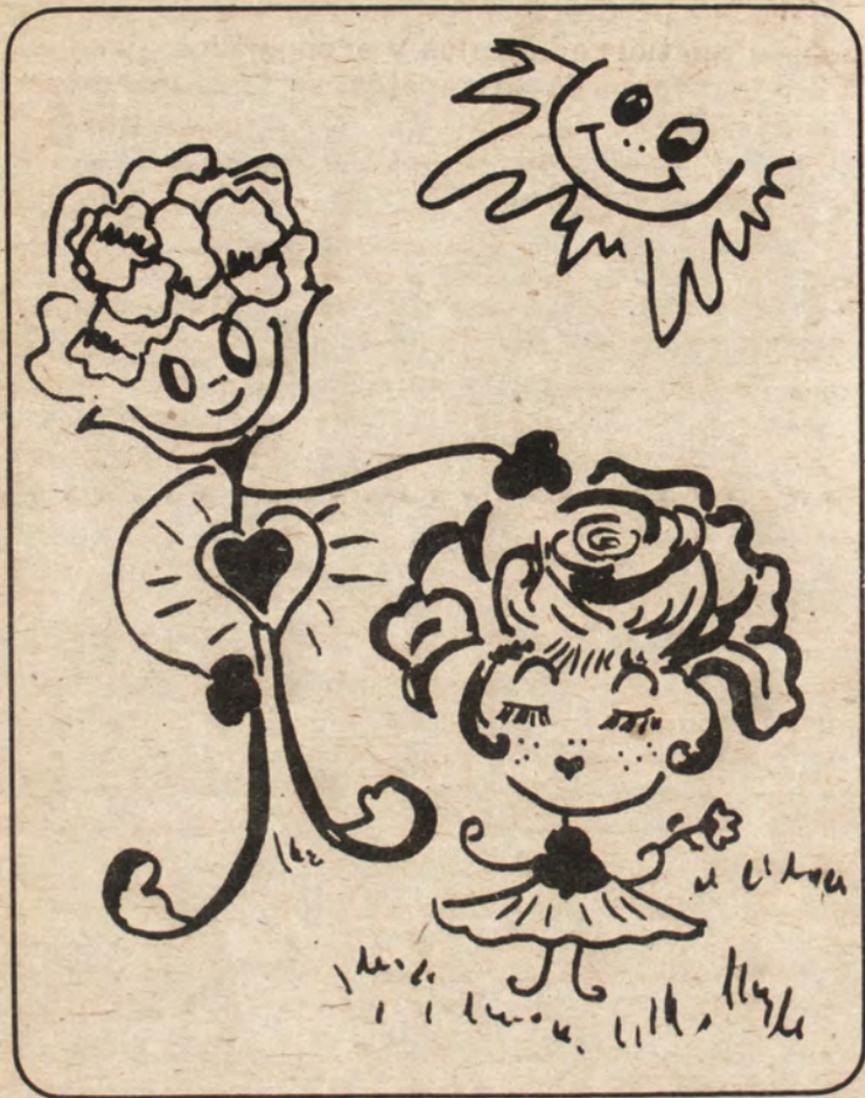
Solo faltaban por llegar las lechugas. Estas eran las más pequeñitas; y tan redondas y gordas que casi no podían caminar. Cerca de una hora les tomó el viaje al hogar de las acelgas, lugar de la fiesta.

Tímidas y reservadas, aparecieron en los salones, y ninguna mirada recibieron de los caballeros. Todos, apios y coliflores, se disputaban a las zanahorias y a las acelgas.

Cuchicheos de mal gusto, sonrisas y gestos, era lo único que recibían las hermanitas lechugas.

De pronto la orquesta tocó un vals y salieron a bailar apios y zanahorias, coliflores y acelgas, mientras las lechugas seguían sentadas sin disfrutar de la fiesta. Un apio que resbaló, rasgó en la caída el vestido de la lechuga y, avergonzado trató de corregir el mal, sin darse cuenta de lo irremediable que era. Las hermanas, furiosas, además de lo disgustadas que estaban ya por su fracaso en la fiesta, golpearon con dureza al apio y aquello se volvió gran pelotera. Los apios, al atacar a las lechugas, provocaron la ira de los gentiles coliflores, que nunca toleran ver a las damas golpeadas por caballeros; y lanzándose contra los apios destrozaban sus hojas. Las zanahorias, enamoradas como estaban de los coliflores, querían golpear a las lechugas por considerarlas culpables de todo lo acontecido, y las acelgas lloraban sin consuelo, el final inesperado y desagradable de su fiesta.

Empezaban ya a salir los primeros rayos de sol para dar por terminado el milagro de la noche, debiendo regresar zanahorias y coliflores, apios y lechugas a sus huertos de cultivo, dejando a las acelgas arreglar el suyo; de repente se presentó algo muy inesperado: los coliflores atendieron a las lechugas y se enamoraron de ellas;



los apios perdieron la pelea y tuvieron que regresar a su tierra, débiles y acongojados, perdiendo la admiración de las acelgas y las zanahorias; y estas últimas, por andar peleando, despuntaron sus pies, sabiendo que no crecerían más y el fruto no sería bien apreciado.

Las pobres acelgas, achiladas, trasnochadas y viches se convirtieron en legumbre de baja clase y solo las lechugas triunfaron sin verse afectadas mayor cosa. Lentamente fueron regresando en parejas con los coliflores mientras amanecía y quedaron todos en sus puestos y lugares de siempre.

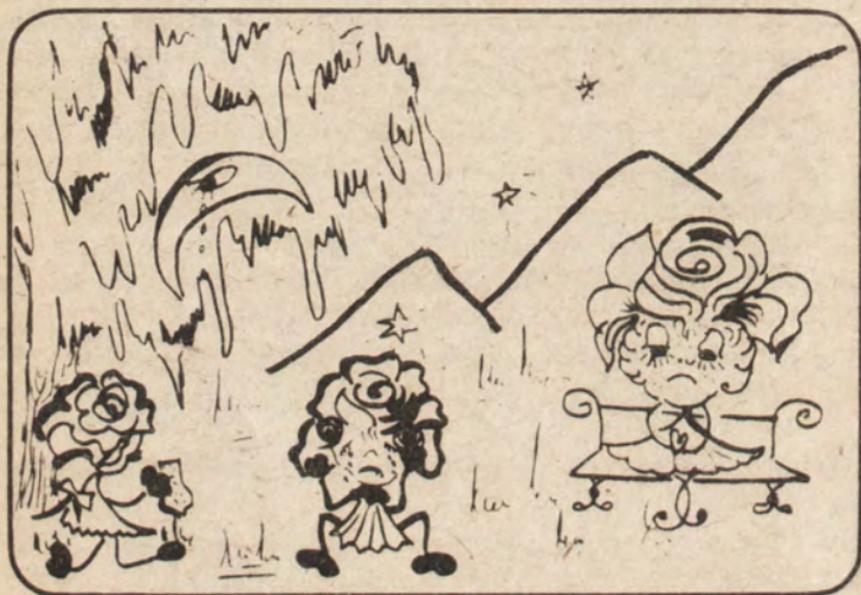
Se despertó don Eufragio y con el canto del gallo y los píos píos de los pajaritos se fue hasta el río para recoger el agua para rociar sus legumbres. El burro cargó unos cántaros y los otros los llevó el buey. El agricultor con empeño empezó el trabajo del día y se sintió muy desalentado al ver sus legumbres: todas de mala calidad.

Muchas lágrimas derramó don Eufragio, pues con su huerta esperaba alimentar la familia, negociar en el mercado y vestir a los hijos para vivir decentemente.

Ahora pasarían varios meses de una mala situación hasta que la tierra pudiera producirle algo mejor y más bueno.

Aún no había llegado a la siembra de lechugas pero ya había golpeado con el azadón las zanahorias y los apios, que parecían los peores.

Otros que irán a alimentar al buey y al burrito, pensaba.



¡Qué sorpresa! las lechugas estaban muy lindas, llenas de hojas, cerradas, de las que mejor pagan en el mercado. ¿Por qué, se preguntaba Eufragio, puede una misma tierra con los mismos abonos, producir frutos de tan diferente calidad? Seguro que son las semillas que me venden en la Casa Alegría.

Levantando del suelo una lechuga, don Eufragio admiró su calidad, al tiempo que observaba cómo iban cayendo gotas de agua. Se llenarían de agua, pensó, con el rocío de la madrugada. Solo las lechugas saben que fue el llanto inconsolable por el sentimiento de culpabilidad que por su impaciencia y mal controlado disgusto provocó semejante revuelo en la noche de fiesta de las acelgas graciosas. Desde aquel entonces, las lechugas lloran todas las noches de luna y aún su conciencia las culpa por el mal comportamiento. Los coliflores pronto aprendieron que de mal comienzo no hay término de buen amor y fueron dejando poco a poco a sus amigas lechugas, incontroladas señoritas que no aprenderían a consolar a sus esposos en las noches de invierno.

+++++

El río Chorlito

Este cuento, niños, es un relato acerca de un río muy triste y muy feo. Contrario a lo que todos se imaginan, aquí hablaremos de un río que tenía sus aguas negras; tan negras, tan negras que un Hada Madrina, escogida para que viniera a bautizarlo, bajó del cielo a medianoche para que nadie se diera cuenta, y hasta tuvo vergüenza de su ahijado.

Al llegar a Colombia buscó todos los ríos recién nacidos y fácilmente encontró el suyo, el de las aguas negras; y para salir del paso, buscó un nombre insignificante y lo bautizó así:

"CHORLITO"

Pero antes de continuar, les contaré cómo se formó el primer río del mundo: En la cima de una montaña había una gruta llena de lama y ramas, yerbas y quiches, de aquellas que arrancamos para los pesebres de Navidad. De esa gruta empezaron a salir gotas de agua muy pura y entre más gotas salían, más agua se encerraba en el fondo de la gruta, hasta que un día, entre todas las piedras se formó un hueco por donde se pudo escapar y el agua corrió con mucho impulso y alegría. Así se formó un río y detrás de éste, otros y otros, como el río Chorlito.

Ahora sí, volvamos a la historia del río Chorlito. La mamá era nada menos que el río Magdalena, aquel río que atraviesa todo nuestro país de sur a norte y que ha tenido millones de hijitos, pero ninguno tan feo como este.

El día y el lugar donde nació eran lindos, pero tan pronto volteó la esquina, se puso negro y sucio; y su madre que, como todas las madres, vigilan día y noche a sus bebés, trató por todos los medios de que no se ensuciara ni se botara desde lo alto de las montañas para que sus aguas no se evaporaran y para evitar los peligros que tienen los ríos chiquitos.

Pues bien, Chorlito debería coger un camino que va por todo el departamento de Santander, pasando por Barrancabermeja hasta llegar a los límites con el departamento de Norte de Santander, pero su madre a cada paso tenía que regañarlo por sucio y desobediente.

El día del cumpleaños de Chorlito, cuando apenas cumplía su primer año, mamá Magdalena quiso celebrárselo e invitó a muchos ríos pequeñitos como el Cimitarra y el Sogamoso, y a ríos grandes, amigos de la madre, como el Orinoco y el Atrato. Estaban todos listos para empezar la fiesta cuando Chorlito apareció negro de mugre como siempre.

- ¡Eres un grosero! ¡No voy a aguantarte más! gritó su mamá; y sacando a Chorlito de la fiesta, lo dejó llorando detrás de una esquina, donde nadie lo vio. Mientras tanto, todos los demás ríos se comieron los dulces y las golosinas, jugando también con los sombreros de papel y las bombas que había preparado Magdalena para la fiesta infantil. Este fue, como se ve, el primer triste cumpleaños de Chorlito.

Ahora les voy a relatar qué sucede cuando un río es tímido.

Pues sucede que se vuelve quietecito y casi no tiene corriente y va ahondando su cauce, que se

vuelve muy profundo; pero si el río es avisgado y no teme a nada, se vuelve muy ligero y es más abundante su corriente; pero como no profundiza, el sol lo puede secar muy pronto; por ello es más recomendable la precaución y la timidez, que la ligereza inquieta e-impensada.

Todos los hermanos de Chorlito se unieron con su madre para despreciarlo y humillarlo; y a tal punto llegaron, que no quisieron reconocerlo como hermano.

Un día vino el río Amazonas a visitar a Magdalena y le trajo como regalo muchos peces de colores, el juguete preferido de los ríos pequeños. Chorlito, como castigo, no recibió ninguno. Desde ese día, empezó a dar curvas y curvas, huyendo de todas estas penas y sufrimientos y fue muy grande su sorpresa cuando descubrió que todos los árboles, las plantas y las yerbas se alejaban de su lado, dejándole playas arenosas y estériles, como para que se cansara y no pudiera correr más, porque los ríos y las fuentes mueren cuando no están acompañados por árboles.

Era para Chórlito su vida un verdadero calvario; cuando calentaba el sol no encontraba un árbol protector que le diera sombra; y si soplaba el viento, movía sus aguas horriblemente, produciéndole los más grandes dolores de estómago y no

encontraba ni un tronco ni una rama que le redujeran el dolor. Sus dedos, mientras tanto, se pinchaban con las espinas de los cactus, únicas plantas que se dan en la arena.

Tal vez recuerden ustedes, lectorcitos amigos, que en el campo se pasan más felices unas vacaciones, cuando se tiene cerca un río que nos pueda divertir. Siempre que los ríos se enteran de que los niños van a visitarlos, entonces se preparan orgullosos para la visita: limpian su traje para que el agua parezca cristalina, recogen los mejores rayos del sol para tibar sus aguas y forman pequeños pozos con sus brazos, para que los chicleos aprendan a nadar; y por la noche, luego de las visitas de los niños, los ríos se jactan del éxito tenido y de la visita recibida.

Chorlito intentaba mantenerse limpio y rezaba por tener algún día algunos amiguitos que quisieran visitarlo. Pero no, nunca los tuvo y eran más motivo de vergüenza su soledad y su llanto; y en los diálogos nocturnos, cuando el río Carare hablaba de todas las piedrecitas que había regalado a los niños que lo visitaron y se reía de los chapoteos que los chicos daban en su cauce, Chorlito soñaba con mejores días: "Quiero convertirme, decía, en aguas puras con pozos llenos de peces de colores con árboles y alargarme kilómetros y kilómetros,

para que muchos, muchísimos niños puedan jugar en mis aguas.

¿Se cumpliría este sueño de Chorlito?

Pasaron los días y nunca Chorlito consiguió nada. Creció, sí, pero muy feo, lento y profundo, de apariencia peligrosa, sin piedras ni peces y sin ningún atractivo.

Sucedió después que unos ingenieros muy importantes, con el objeto de visitar la región para encontrar formas de producir energía o luz, recorrieron los pueblos aledaños a Chorlito, para seleccionar los de mayor corriente, reunir sus aguas y lograr así la energía que produce electricidad. Estos doctores recorrieron ríos y ríos tomando diferentes medidas; y finalmente escogieron a un hermanito de Chorlito, hijo del río Magdalena. Se trataba del río Sogamoso. La mamá creyó que era una fantástica aventura; pero luego se convenció de la realidad, cuando leyó esta noticia: "El Sogamoso ha sido escogido por los ingenieros".

Esa noche, mamá Magdalena invitó a todos los ríos del país a una gran fiesta. Se comieron delicias de manjares y confites, pero cuando hizo su aparición el río Chorlito, causó tanto desprecio, que su madre, olvidando el cariño que debía tener por su

hijo, se sintió ofendida con la presencia de éste y lo echó de la fiesta.

Nadie volvió a preocuparse de Chorlito; todo el mundo se entretenía en las obras que se hicieron alrededor de Sogamoso.

Sucedió, sin embargo, que Sogamoso no volvió a crecer; poco a poco se fue volviendo refunfuñón y amargado. Madre e hijo lo olvidaron y ninguno tuvo para con este una frase de cariño. Cuando supo Chorlito, corrió a buscar al hermano para unirse a su pena.

Grandes risotadas despertó su llegada entre los ingenieros y por todos los medios evitaban su entrada, pues ensuciaría el color del agua de Sogamoso. Un nuevo fracaso; nuestro río ya grande y profundo seguía incomprendido. Muy adentro, en la selva, pasando por Colombia y Brasil, hay un río, el Amazonas, inmensamente grande y muy antiguo. Parece mar, pues sus orillas no se ven desde un extremo al otro, y recorre señorial toda la selva. Lleno de exuberante vegetación y pájaros que cantan, micos que chillan y muchos animales más, ofrece un espectáculo admirable. ¡Qué respeto y admiración imprime su presencia! por eso algunos lo han llamado el rey de la selva.

Había en Colombia un río pequeñito, amigo de llevar y traer chismes, como si estos fueran peces. Un día cualquiera se fue hasta el Amazonas y le contó la triste historia de Chorlito. Acto seguido, conmoviéndose el rey y no permitiendo que se cometieran injusticias, mandó traer seis sabios a fin de iniciar un viaje a los predios de Chorlito e investigar la situación. Esos sabios eran los siguientes:

TATO, experto en analizar las aguas y quien indicaría cómo utilizar las aguas de Chorlito:

- | | |
|----------------------------|------------------------------------|
| Por su excelente sabor: | Como deliciosa bebida |
| Por su gran caudal: | Para acueducto |
| Por su tremenda corriente: | Para navegación acelerada |
| Por su gran profundidad: | Para navegación pesada |
| Por su largo kilometraje: | Como medio de transporte |
| Por su variedad de peces: | Para alimentar a los hombres |
| Por sus partículas de oro: | Como recurso de riqueza |
| Por sus arenas blancas: | Como recurso para la construcción. |

TITO fue el segundo sabio escogido por el rey de la selva, experto en vegetaciones, quien debía conocer las plantas que rodean los ríos y determinar la riqueza natural del país en maderas y bosques.

TOTO, el tercer sabio, tuerto y manco, de barba poblada, serio y reservado, había dedicado su vida entera a estudiar la variedad de los peces, distinguiéndolos entre peligrosos para el hombre o nutritivos, que producen fósforo, necesario para el funcionamiento del organismo humano.

El cuarto sabio, MITO, era un experto en mineralogía y por eso estudiaba los minerales que contienen los ríos.

COPETE fue el quinto sabio elegido para recorrer la trayectoria del río Chorlito, a fin de orientar a los pueblos por donde este pasaba para que sus pobladores lo utilizaran como medio de unión de sus mercados.

Por último, el rey Amazonas encomendó a la sabiduría de la bella genio ALITA, que coordinara los programas de los otros sabios y entregara el estudio completo con sus resultados.

TATO, TITO, TOTO, MITO, COPETE y ALITA empezarían su viaje recibiendo del rey documentos,

materiales científicos, alimentos y bebidas, drogas y reservas que les permitiera llegar hasta Leticia, ciudad en la cual iban a iniciar la búsqueda de Magdalena, para que los transportara; pero ignoraban que ella era la madre de aquel a quien iban a analizar.

Tuvieron que esperar dos noches de luna llena para encontrar el oportuno momento en que con una lancha se pudieran lanzar por el famoso río; hacia las 5 de la mañana empezaron la navegación; y mientras los seis sabios iban subiendo con sus comentarios, esperaban que Magdalena descubriera su misión.

Mientras tanto, Chorlito seguía su vida triste por los lados del departamento de Santander, con solo una inesperada novedad: Un hombre adulto acompañado de su hijo, que venían para Barranca, se habían perdido de la ruta y llegaron al pie de él: "¡Qué río tan sucio!, dijo el papá, y agregó: parece de aguas negras; debemos tener cuidado de acercarnos, para evitar así una posible contaminación".

Chorlito los miraba, sabiendo que lamentablemente nunca podría conquistarlos. Padre e hijo habían querido reservar alimentos de los que llevaban; pero al cumplir cuatro días de perdidos,

la escasez fue total. Si no encontraban un pueblo vecino, morirían.

Chorlito le consultó al viento, al aire y a las nubes y los tres le propusieron que construyera una pequeña embarcación y los llevara hasta el caserío vecino, único que se había construido relativamente cerca de su cauce.

Chorlito quería conseguir madera para la lancha y no encontró ni un trozo a sus alrededores y ¡Oh sorpresa! se presentó el señor rayo con sus hermanos los tiruenos, y entre todos provocaron una tremenda tempestad; cortaron árboles, arrancaron ramas y con tantas aguas lluvias lograron llevar hasta Chorlito el material necesario para formar la embarcación.

Tres días demoró a nuestro pequeño amigo en fabricar una modestísima lanchita que llevó al pie de los perdidos para invitarlos a subir. Estos, moribundos, no viendo otra solución, aceptaron partir de aquel lugar y dejarse guiar por el estrecho río.

Con muchos cuidados y atenciones, Chorlito los llevó hasta el caserío cuyos habitantes, asombrados, observaban a los forasteros salvados por las aguas negras.

Lágrimas de alegría escurrían por la cara de Chorlito, conmovido por los agradecimientos de sus amigos y de las promesas hechas de analizar su caso, tan pronto como regresaran a su país.

John y Peter, que así se llamaban los perdidos, iniciaron su regreso con el firme propósito de ayudar a Chorlito.

TATO, TITO, TOTO, MITO, COPETE y ALITA sostuvieron un diálogo con Magdalena y llegó el momento en que ella se enfureció: movió fuertemente sus aguas y lanzó la embarcación muy lejos de una de sus orillas.

Magdalena creyó que estaban muertos y allí los dejó, regresando a casa para contar la historia y reír todos a carcajadas.

TATO, húmedo, con escalofrío, pesado el cuerpo y hambriento, fue el primero en despertarse; y caminando lentamente, comenzó el trabajo de ayudar a sus compañeros. TITO había sufrido varias heridas en la frente; debía curárselas con sal y limón; TOTO, MITO y COPETE, se preocuparon por ayudar a ALITA la que más había sufrido en el accidente.

Con una brújula, descubrieron el norte y el sur, se orientaron hasta el punto en que encontraron a Puerto Berrío, desde donde empezaron a caminar hasta Barrancabermeja para encontrar al río Chorlito.

Entre tanto, John y Peter se encontraban ya en su país; allá oyeron decir que todos los productos naturales empezarían a escasear y que debían buscar una materia que sirviera para mezclar aquellos productos a fin de detener la escasez, que podría ser de magnitud mundial.

Nuestros seis sabios volvieron a necesitar las aguas del Magdalena; disfrazados de ancianos, embarcaron de nuevo para adelantar camino. Magdalena, sospechosa de sus huéspedes, puso el oído atento a cualquier comentario y pronto se enteró del engaño. Se enfurecieron nuevamente sus aguas y con gran velocidad empujaron la embarcación hasta muy cerca de Casabe, que es el sitio más cercano a Chorlito, donde los sabios se recuperaron y poniéndose de nuevo en condiciones de trabajar, con ánimo y vigor, se acercaron cada vez más a la cuna de Chorlito.

Los sabios estaban perplejos junto al río. Nunca antes habían conocido un río de estas características: Muy lento, feo, de mal sabor, demasiado

joven, recorre solo desiertos, no tiene peces, ni oro, ni riquezas; la tierra es estéril, sus arenas sucias y duras.

Los sabios descubrieron que allí había fósiles marinos, como si hiciera miles de años Chorlito hubiera sido mar. Pensaron también que nadie querría vivir allí; y ALITA, poco motivada por el paisaje tan feo, complementó el informe, diciendo que debía destruirse ese río.

Chorlito había esperado por muchos años una visita de este género, sin pensar jamás que le pudieran practicar una sentencia tan dura; antes de esperar a que fuera practicada, empezó a recogerse y dejó de correr.

Los pocos habitantes del caserío se sorprendieron ante la rapidez con que se secó el río negro.

John y Peter, los amigos de Chorlito, de regreso a Colombia, adelantaron la misión de conseguir nuevas materias primas para los productos de consumo que requiere el hombre en esta nueva era de escasez.

Imposible dejar de visitar a su amigo Chorlito, quien les salvó la vida. Al llegar al lugar del río Chorlito, alcanzaron a ver al amigo seco y mori-

bundo, recogido como un ancianito, consumido en llanto y preso de dolor.

John y Peter escarbaron angustiados buscando medicinas que combatieran la soledad y la pena; y tantos huecos abrieron, que en el mismo fondo del río apareció un hueco y brotó un fuerte chorro negro de petróleo.

¡Estás salvado, Chorlito!, gritaron sus amigos, y puntualizaron: eres el río más rico de la tierra y más apreciado; sigue tu cauce, vive feliz, que nosotros, mientras tanto, alcanzaremos a los sabios.

Fue esa la primera vez en la vida que Chorlito escuchó frases así. Se recuperó de su malestar, volvió a recorrer todo su cauce y cantando bajó con sus aguas negras por todas las tierras del departamento de Santander.

John y Peter en una avioneta volaron hasta el rey de los ríos, y antes de que los sabios llegaran, se dio este informe:

CHORLITO ES LA MARAVILLOSA RIQUEZA NATURAL QUE COLOMBIA NECESITA.

Miles de gentes empezaron a viajar a Santander para conocer a Chorlito. Sus aguas, que antes eran despreciadas, ahora son embarriladas y vendidas

a altos precios; ya no le llaman río de aguas negras sino "CHORLITO, EL RIO DE ORO NEGRO".

Arboles metálicos, brillantes y muy altos se construyen a su alrededor y cientos de personas trabajan con el propósito de construir allí una gran refinería alrededor del río.

Ya no hay soledad: hay felicidad; trabajadores que con mucho ánimo explotan la riqueza y personajes de todo el mundo que, perplejos, lo miran producir solo toda aquella riqueza.

¿Saben ustedes, amigos lectores, para qué sirve el agua del río Chorlito?

Si miramos nuestros vestidos, esas telas tienen algo de Chorlito, como también los muebles de la casa, los cuadernos y los libros de la escuela, las comidas y los automóviles, los juguetes y las bicicletas, los abonos y las materias primas que sirven para hacer otros productos.

Mientras tanto, Chorlito, feliz, nos pica el ojo porque donde quiera que estemos él está con nosotros.

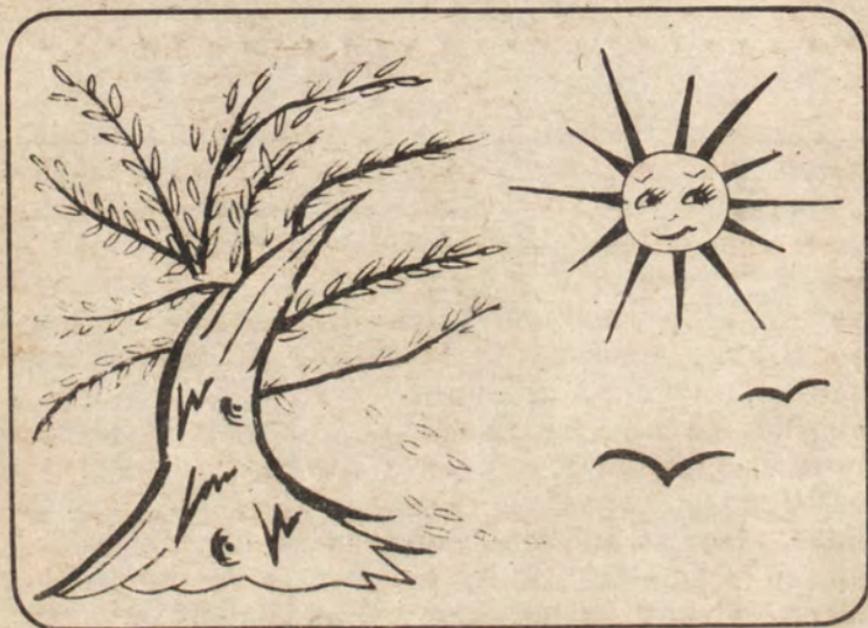
+++++

El árbol más viejo del bosque

Cerca a Bogotá, dentro de la hermosa sabana, había una casa donde habitaban unos muy buenos campesinos, toda rodeada de árboles grandes llenos de frondas. Unos eran pinos como arbolitos de Navidad, otros eran sauces llorones y tristes que señalaban el paso del río Bogotá y el río Frío; los eucaliptos grandes, de hojas grises y largas, se sentían muy orgullosos por las eucaliptas de hojas redondas y fina figura; había también nogales de tallo alto, ancho y gris claro con hojas verdes muy estilizadas, y hasta los elegantes pinos candelabros. A veces se colocaban por grupos o familias y según se sentían más o menos, molestaban a los otros y eran orgullosos. Cuando esto sucedía,

San Pedro desde el cielo castigaba a los tontos y a los buenos y humildes les mandaba agüita que beber y sol y aquellos se morían de sed y frío.

Entre todos los árboles había uno muy distinto que se llamaba El Cerezo y que por no tener familia y estar muy viejecito, parecía aislado. Además, sufría mucho porque él era el único a quien los niños tiraban de sus ramas, le arrancaban sus hojas y le quitaban las cerezas, que ellos se comían sin darle siquiera las gracias. Este cerezo vivía



tan solo que, aunque parezca mentira, sentía cierta alegría cuando veía venir a los niños, a pesar de que sabía lo doloroso que iba a serle la visita.

El matrimonio dueño de la casa y el bosque, vivía de trabajos que realizaba en Chía, unas veces en la parroquia, otras en el hospital, otras en el castillo y a veces en las fincas de gente muy buena. Cuando el dinero ganado durante la semana o el mes no les alcanzaba para comer, iban al depósito de maderas del pueblo y vendían los árboles de su bosque. Con aquella plata completaban sus alimentos y de nuevo compraban arbolitos que volverían a crecer y a lucir con garbo sus tallos altos y macizos. Cuando cortaban el bosque, el jardín y los alrededores de la casa se veían muy mal y solo a medida que crecían y echaban hojas, los nuevos arbolitos empezaba a lucir. Generalmente los compradores de árboles no llevaban menores de dos años, porque la madera no resultaba suficientemente madura y buena. A su vez, los árboles querían tener siempre dos años porque era su más linda edad y cuando más admirados se sentían.

¡Lástima que los jóvenes no aprendan de los mayores y sean tan orgullosos! Estos arbolitos, como jovencitos inexpertos, despreciaban al cerezo por tener tantos años; y haciendo gestos le mostraban cara de asco por tener su tallo lleno de corteza desprendida y de rugosas ramas.

Cuando llegaba el mes de agosto, el mes de los vientos, tan añorados por los niños que gustan de echar cometas, y por los viejos, que se encantan con el hermoso ruido que producen los árboles al moverse por el viento, los jóvenes nogales con un solo soplido empezaban a pavonearse elegantemente; las eucaliptas parecían danzar con sus movimientos oscilantes y los pinos, serios y sombríos, guardaban su flemática apariencia. Solo el cerezo no podía moverse, necesitaba de muchísimo viento para dar al menos un pesado movimiento, sin gracia y sin estilo.

- "Pobres de nosotros, los viejos, que perdemos tantas cualidades físicas a través de los años". Así pensaba el cerezo.

Las carreteras del campo levantan el polvo que las cubre, con el paso de los automóviles y de los humildes coches tirados por caballos; este polvo para en las hojas de los árboles, ocultando el brillo y el color que la naturaleza les dio. Por eso, los árboles aman la lluvia, pues cada gota de agua llega a sus ramas y a sus hojas para limpiarlas y recuperarles su natural belleza y presentación.

Después de llover, los árboles recogían con sus raíces las aguas del cielo, bebiendo con deleite hasta calmar su sed. Pero el árbol más viejo del

bosque, el cerezo, tenía sus raíces tan largas, tan largas, que no podía beber con la misma rapidez con que la lluvia corre sobre la tierra. No había árbol joven que no se sintiera como estrenando vestido, luego de una fuerte lluvia; todos se jactaban de su elegante y presumida belleza, al igual que un rey estira su cuello para lucir su corona de oro. Solo el cerezo escondía su cuerpo y su figura, porque no había ocasión que le permitiera lucir sus años.

Era extraño para los pajaritos que visitaban el bosque, encontrar gotas de agua escurridas sobre las ramas y los tallos del anciano cerezo; y más extraño cuando las probaban era encontrarles ese sabor salado. ¿Serían lágrimas?, ¿puede un árbol llorar? ¿existirían árboles tristes? Posiblemente. Aquellas gotas de agua aumentaban cuando los niños se mecían por sus ramas. ¿Qué podía importarle a un joven las lágrimas de un viejo? Siendo la juventud tan altanera ¿por qué aceptar la humildad del anciano?

La inexperiencia del joven es audaz y la experiencia del viejo es cohibida, tímida y miedosa. Así también era la conducta de los árboles del bosque. ¿Por qué se iban a preocupar del cerezo? ¿importaban sus lágrimas? ¿su sed? ¿su tristeza? ¿alguien había preguntado por su vida? Cuando el cerezo fue joven hubo también una cereza árbol que le qui-

so mucho. En ese tiempo sus frutas fueron más grandes, sus hojas crecían abundantemente y vivía frondoso.

Hoy, cualquiera creería que esto nunca sucedió, que son cuentos, que un viejo nunca pudo ser joven y, mucho menos, niño.

Entre todas las penas del cerezo había, sin embargo, una satisfacción: sabía comportarse para vivir seguro y sobrellevar sus problemas. Todas las mañanas, antes de salir el sol, el cerezo rezaba levantando las ramas hacia el cielo y pedía a Dios por los árboles inexpertos, para que controlaran su audacia, fueran cautelosos y conocieran el acecho del mal y los peligros de la naturaleza.

El cerezo siguió el consejo del precioso alcaparro, que escondía siempre sus flores amarillas entre más lindas fueran; este arbolito era el que más extrañaba desde su partida. "Nunca muestres tu belleza, ni tu fuerza, ni tu garbo, le había dicho, porque puedes encontrar a alguien mejor que tú y querrá desafiarte y a nosotros los árboles nos atacan los hombres cuando somos mejores porque seremos mejor madera". "Cuídate, cerezo, y vivirás más años", agregó el alcaparro.

Un buen día pidió el señor presidente de la República que todos los ciudadanos de Colombia hicieran esfuerzos por sembrar arbolitos ya que ellos ayudaban a conservar más puro el aire y a mantener más lindo el país. El campesino mencionado al comienzo, oyó aquella noticia y haciendo un esfuerzo sacó unos pesitos del bolsillo y compró en el vivero cercano, seis eucaliptos. Uno de estos resultó ser una eucalipta muy graciosa y bonita, vanidosa y coqueta; en poco tiempo había lanzado sus ramas en todas direcciones y con bellas hojas parecía atraer a todos los árboles de aquel bosque, mientras estos, efectivamente atraídos, luchaban por su amor.

El abono de la tierra, cada raíz y cada árbol, de alguna manera se le acercaban, y las aguas cantaban cayendo en procesión hasta formar un laguito alrededor de ella.

Tenía lo mejor de aquel trozo de tierra y la naturaleza cada día le regalaba formas más lindas, ramas de caprichosos entornados y fino tallo.

Un arrogante eucalipto, enamorado locamente de la eucalipta, no queriendo declarar su amor se acercó a esta y le dijo.

-“Cuando tengas edad de casarte, elige al árbol más viejo del bosque y olvídate de mí”. pero ella,

arrogante y necia, hizo gran burla del cerezo y declaró:

“Yo solo me casaré con el árbol más lindo, fuerte y grande de este bosque”.

Mientras todo aquello ocurría en este lugar, en la flota que va de Chía a Bogotá, viajaba nuestro querido campesino con un gran señor, para realizar allí la venta de toda la madera del bosque. Le pagarían muchos pesos y compraría entonces nueva ropa, tendría un burro y un carrito de madera para llevarlo al pueblo los domingos y hacer el mercado y otras compras.



Luego de hacer la compra-venta y recibir los pesos, regresó el campesino acompañado de los señores; estos llevaban las sierras, los serruchos y las hachas para cortar los árboles. El único en reconocer el peligro fue el cerezo, que ya conocía esas malvadas herramientas. Todos los demás arbolitos empezaron a moverse graciosamente para llamar la atención. El cerezo se hizo más achacoso que nunca y todos los demás lo despreciaron cuando oyeron que los hombres exclamaban: "Este no". Luego, una simpática señora que los acompañaba notó a la eucalipta que danzaba con el viento y viendo que su tallo aún no servía para madera, pidió sus ramas para un gigantesco florero. Rápidamente tres muchachos empezaron a arrancarle las ramas dejando su linda figura convertida en el más pobre y moribundo talló. Todos los demás árboles cuchicheando trataban de averiguar qué estaba sucediendo, pero siempre despreciando al árbol más viejo del bosque.

Entre llanto y desconsuelo la eucalipta oyó la voz profunda y cansada del cerezo, que le enviaba un lindo mensaje:

"Cuando el destino te quiere, resuelve mandarte experiencias dolorosas para que, existiendo arrepentimiento, se viva una segunda oportunidad".

A pesar de su sufrimiento, la eucalipta captó el mensaje y le devolvió un difícil movimiento en señal de gratitud. Estaba naciendo una nueva amistad sobre bases sólidas, porque las fuerzas de unión de los amigos son más sinceras en el dolor.



Pusieron en actividad las sierras, las hachas y los serruchos y los árboles empezaron a caer. Era ya tarde: la muerte había llegado y no había modo de impedirlo.

Todos los árboles, angustiados, volteaban sus ojos a uno y otro lado para suplicar un poco de piedad por sus vidas, pero solo encontraban los ojos piadosos del cerezo, que impotentes ante la tragedia, declaraban su incapacidad para defenderlos.

La poca fuerza, el mucho desaliento y la gran humildad que había mostrado el cerezo, cuando llegaron los destructores del bosque, era entonces comprendida por los jóvenes arbolitos sentenciados a muerte.

Iban cayendo muertos, uno a uno, no sin antes comprender que había sido el árbol más despreciado y repudiado el que los quería sinceramente y quien hubiera podido darles el mejor consejo y el más oportuno. Al atardecer y con el llegar de las sombras, estaba ya la casita acompañada solo del cerezo y la agonizante eucalipta. ¡Qué soledad...!

¡Cómo se extrañaban el suelo y el agua, el sol y la luna de no encontrar en aquel lugar más que dos árboles de tan diferente edad! Muy pronto vol-

vió el buen campesino al vivero para traer nuevos arbolitos, todos muy pequeños y estos fueron creciendo como habían crecido otros. Pero en esta ocasión, cuando empezaron las canciones de la rebeldía, una eucalipta, ya repuesta su hermosura, impuso el respeto y la admiración por el árbol más viejo del bosque: relató lo que había visto y vivido y enseñó las huellas del dolor. El cerezo desde entonces fue el consejero de todos y el bosque se convirtió en el más lindo y alegre del mundo. Aun en las peores sequías este pedazo de tierra recibía gratas lluvias y ninguno padecía sed.

Al llegar el mes de julio, cientos de miles de niños miraban asombrados las cerezas de aquel árbol tan grande; eran las más bellas de la sabana; pero estaban tan altas que era imposible alcanzarlas. Solo los ventarrones de agosto permitieron al cerezo sacudirse y regalarlas con cariño y por las buenas.

¿Por qué el cerezo había vuelto a dar bella cosecha? . . . Porque una noche de luna llena, una eucalipta vistió de blanco todas sus hojas y acercando su tallo más alto hasta el ciprés cercano a la capilla, pidió que la casara con el árbol más viejo del bosque. . .

Nuestro amigo el CEREZO nos dio así una lección para llegar a vivir muchos años y encontrar a través de estos, motivos de goce y regocijo, que entre más escasos son más apreciados.



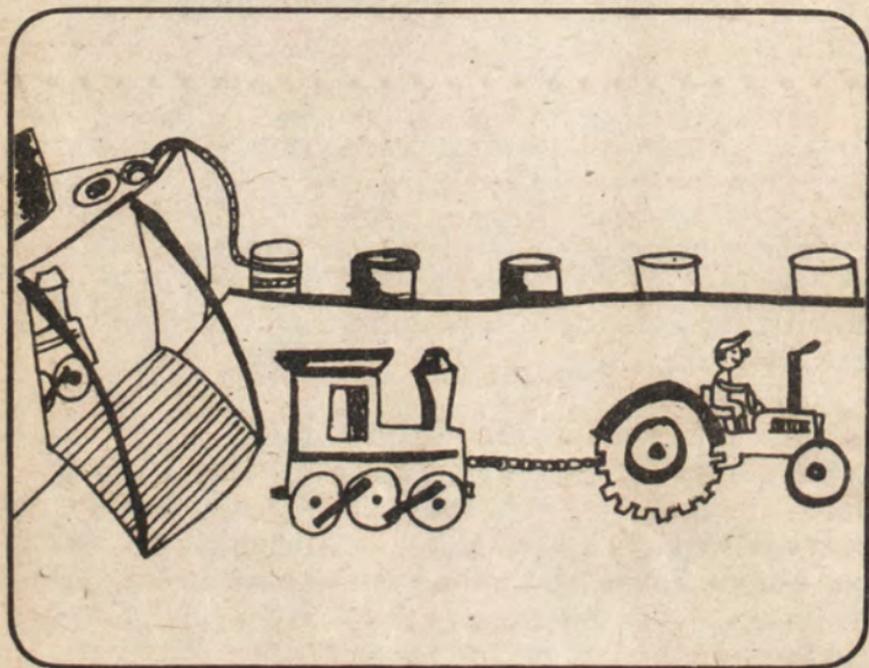
La locomotora Rosita

Hace muchos años, en Europa lejana preparaban en una fábrica de locomotoras un pedido de cuatro que habían comprado los Ferrocarriles Nacionales de Colombia.

Cada una se dejaba arreglar, pintar y terminar con mucha alegría; y cuando les pusieron las ruedas empezaron a ensayarse con mucho deseo de correr. Una de las cuatro resultaba tan vanidosa, que con el ánimo de verse las ruedas, inclinó tanto la cara que se le cayó el buitrón, que es algo así como el sombrero de las locomotoras.

Los expertos en fabricar trenes se fijaron en esta y se divertieron mucho cuando les pareció que se reía al apretarle algunas tuercas; y siguiendo la fiesta, resolvieron bautizarla poniéndole el nombre gracioso de Rosita.

Llegó el día en que se terminó el trabajo. La fábrica debía empacar las cuatro locomotoras que viajarían a Colombia.



Fueron acercando madera y puntillas y poco a poco las iban encerrando entre cuatro paredes de leña. Rosita sentía, al igual que sus hermanas, tristeza y amargura. La angustia las hacía llorar; solamente las que se quedaban en la fábrica mostraban caras alegres, a pesar de estar muy cerca la hora de las despedidas. Allí se oían frases como estas: "Sean fuertes, que este es nuestro destino". No olviden de que deben comer mucho carbón, porque de lo contrario quedarán quietas". . . Ojalá que el aceite sea abundante para que no se oxiden.

Encerradas las cuatro hermanas, vino un gran camión y las llevó hasta el mar donde un barco inmenso las recibió.

La travesía era larga; pasarían dos meses hasta llegar a su destino, y estaba previsto que no saldrían de sus cárceles sino al final del viaje. En el mar el calor era sofocante; apenas podían hablar entre ellas con mucha dificultad y lamentarse de esos días tan aburridos y duros.

Rosita, por estar llorando más de la cuenta, se oxidó en muchas partes de su cuerpo y las ruedas se ponían cada vez más duras. Las otras tres aceptaron con mayor resignación esta prueba que les presentaba su destino.

Una noche, casi a punto de finalizar la travesía, el mar furioso aumentó la fuerza de sus olas y empezó a mover el barco de un lado a otro, con lo cual consiguió que las cuatro hermanitas se fueran de lado y cayeran sobre las ruedas izquierdas. A Rosita se le zafaron y una de ellas le golpeó duramente la cabeza. Inconsciente, la locomotora no supo más de su vida hasta llegar a Barranquilla, puerto sobre el Océano Atlántico que daba la bienvenida a las nuevas máquinas. Unos hombres muy altos y musculados, con la ayuda de máquinas, sacaron del barco a las locomotoras y estas de nuevo fueron cargadas en camiones, que las transportaron hasta Bogotá.

Como Bogotá, que es la capital de Colombia, está a 2.640 metros de altura sobre el nivel del mar, parece que las locomotoras se vieron afectadas por la altura. Los primeros ensayos hechos en los Ferrocarriles Nacionales obligaron a los técnicos a quejarse de la calidad de las locomotoras. "Son muy lentas, comentaban algunos señores, tienen las ruedas flojas, comen demasiado carbón y no parecen resistentes". Y como si fuera poco, dijo otro, al tiempo que señalaba a Rosita, aquella está en tal mal estado, que debemos reclamar a la fábrica.

Rosita se sintió avergonzada; y con el ánimo de mejorar su impresión, hacía todo lo posible por

recuperarse. Sin embargo, no podía lograrlo. Los ingenieros, decepcionados, escribieron a la fábrica y pidieron el cambio de Rosita.

Rosita, aterrada al saber que podían regresarla a la fábrica, lo que significaba su destrucción y muerte, hizo tantos esfuerzos que consiguió mover las ruedas, endurecer su cuerpo y recibir con mucha comodidad al maquinista quien se sintió muy a gusto sobre el lomo de ella. ¡Qué sorpresa para todos cuando pudo andar por primera vez! Por varias semanas estuvo Rosita en recuperación, permanentemente asistida y vigilada por los técnicos; y aunque resultaba muy costosa su comida y muy bajo el rendimiento, era asombroso ver cómo esta locomotora, que se iba a devolver por mala calidad, hacía gracias y se desarrollaba bien sobre los rieles de tramos para ensayo.

Y así, se llegó el día en que a Rosita se le asignó el trayecto: estaba destinada a la línea Bogotá-Girardot. Tendría que pasar por Fontibón y Facatativá y luego subir hasta Zipacón, para después deslizarse a Anolaima, Cachipay y San Javier, recorriendo los climas cálidos de Tocajma y Apulo hasta llegar a Girardot. Rosita recorrió la primera vez todo su camino sola, pero la subida la fatigó bastante; se llenó de ceniza la cara y el hollín la ensució tanto, que al acercarse al río

Magdalena lo atravesó rápido y saltando para que el agua la refrescara y la limpiara de una vez.

Así vinieron otra, otra y otra vez y Rosita tomó vagones y empezó a llevar pasajeros. Se familiarizó con sus estaciones y paradas, disfrutando muchísimo de las visitas de la gente que se acercaba para ver pasar el tren. El chu-cu-chú de este tren transportado por Rosita era el más sonoro; y a la vuelta de cada esquina, antes de llegar a la estación, Rosita se anunciaba con su huuuu, huuuu, para hacer salir a todos los vendedores con sus mercancías: frutas, arepas, huevos y alimentos de muchas clases. Los pasajeros se aprontaban a comprar y a comer con gusto.

Cuando llovía, Rosita se resbalaba sobre la carrilera y producía otros ruidos para alegrar a la gente. Se decía que el tren que llevaba Rosita llegó a convertirse en el más alegre.

¡Qué locomotora tan apropiada para sacar provecho de la vida! Se fijaba mucho en todo: En los cambios de vegetación en tierra fría, en los páramos y en tierra caliente; en cómo es de agradable el olor de los vegetales que crecen en la zona cafetera. Y sabiendo Rosita que el café produce buenos dineros a Colombia, se preocupaba por que los cafetales estuvieran bien cargados y aprendía a hacer cuentas de cuánto produciría cada región.

El regreso de Girardot lo inició Rosita con mucho ánimo, no sin recordar lo dura que resultaba la subida y la pesada carga que le acomodaban.

Lo que nadie ha podido entender es por qué cuando subía los domingos cargada de más vagones y repleta de pasajeros, Rosita lo hacía más alegre y contenta, produciendo más uhhh uhhh y más sonoros chus-chu-chus.

¡Cómo quería Rosita a los niños! siempre los saludaba y procuraba ajustar su paso para que todos alcanzaran a verla. En los pueblos por donde el tren suele hacer su recorrido, los pequeñitos, al escuchar el ruido, salían a su encuentro y con pañuelos o trapos agitados por sus manos, formaban el más preciado regalo para Rosita.

Adiós, adiós, adiós, exclamaban todos y la locomotora agilizaba su paso, le daba elegancia a sus ruedas y lanzaba un uhhh uhhh de saludo. Nada importaban los kilos o toneladas de exceso que debía cargar el tren los domingos, pues en cambio estaban todas las caras infantiles haciéndole calle de honor a nuestra amiguita. Pero todos los niños debían ir a la escuela y entre semana no podían salir a saludar el tren. Solo algunos desobedientes chiquitines se escapaban de casa sin hacer las tareas y obligaban a Rosita a agachar la cabeza



para que recibieran un castigo por su desobediencia.

Iba a cumplir Rosita 23 años de vivir en Colombia, cuando alguien empezó a quejarse de lo desalentada que ella caminaba y lo lenta que resultaba para los pasajeros que viajaban por ese camino en asuntos de negocios. Y se oyó hablar de nuevas locomotoras que con dos tragos de aceite y sin necesidad de carbón, corrían de un sitio a otro. Estaba llegando el fin de la locomotora de carbón.

Los nervios de nuestra amiguita la hicieron más despaciosa. Parecía que sufriera de reumatismo; se hizo entonces necesario retirarla de la zona. En Anolaima los amiguitos de Rosita empezaron a extrañarla y hasta los vendedores de arepas, pollos y frutas dejaron de salir a la estación del tren.

Mientras tanto, en los Ferrocarriles Nacionales empezaron a arrumar a todas las viejas locomotoras que ya habían sido reemplazadas por las nuevas, y en un gran potrero las iban echando como si estuviesen muertas. Entre ellas poco o nada se decían y sus ojos fijos en el cielo esperaban un milagro.

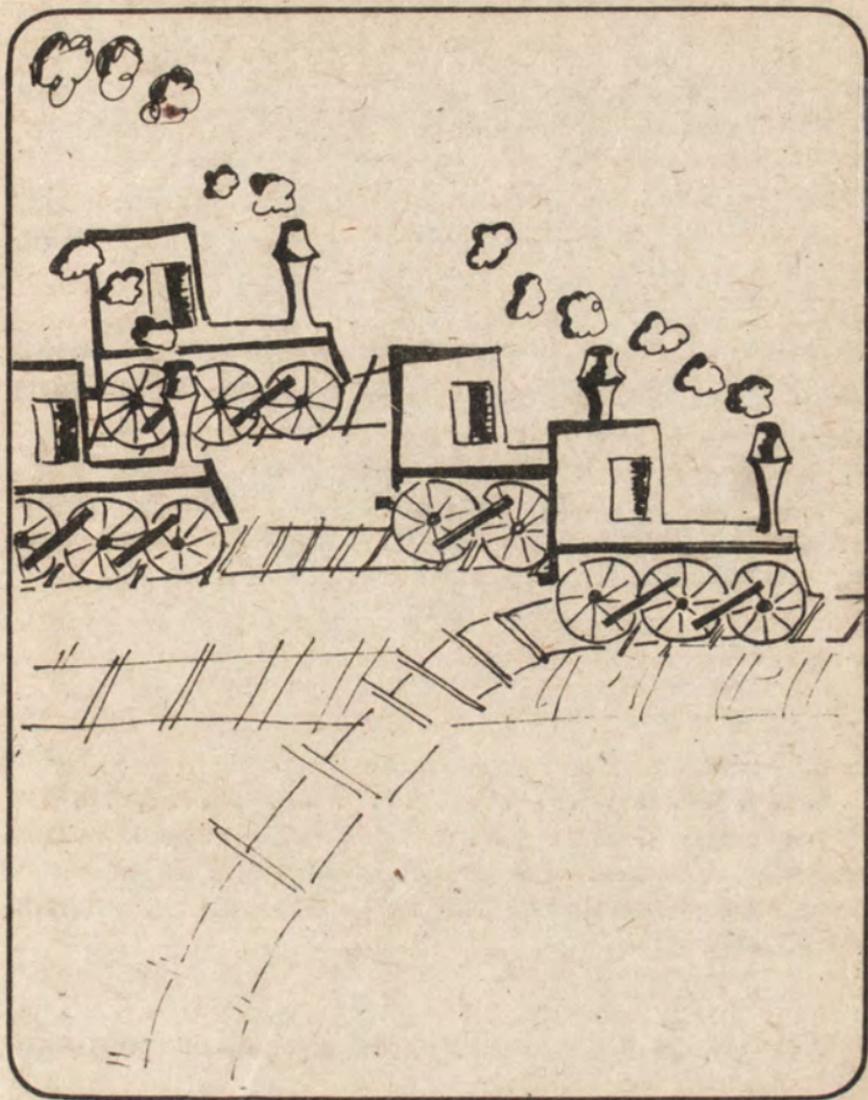
Pasaron muchos días, muchos meses y muchos años y no llegaba ninguna respuesta del cielo. Los técnicos de los Ferrocarriles encontraban que las

ruedas, las tuercas y muchas otras piezas de nuestras ancianas locomotoras podían servir para el mantenimiento de las locomotoras jovencitas y cruelmente desposeían a aquellas. Algunas sentían el brutal arranque de sus piernas y pesadamente caían de lado, quedando paralizadas, de por vida.

Un Viernes Santo, el señor Presidente ofreció a los colombianos un nuevo medio de transporte entre Tunja y Bucaramanga, y una nueva carrilera empezó a construirse. Se adaptaron viejos vagones y cuando estaba todo preparado, tuvieron la idea de comprar locomotoras Diesel muy modernas y pidieron a las fábricas los nuevos precios de estas: ¡Qué horror!, exclamó el Presidente al enterarse de los precios, y agregó: "Nuestro país no puede comprar estas máquinas tan caras; será necesario actuar con rapidez pues debo cumplir mi promesa".

Nadie encontraba una respuesta que alegrara al Presidente, hasta que un técnico anciano, muy experto, recordó las viejas locomotoras de carbón. Rápidamente las recogieron a todas y entre ellas a Rosita.

¡Qué alegría sintieron todas ante el pensamiento de considerarse útiles!



En pocos días fueron de nuevo encarriladas y a Tunja viajaron una mañana. Rosita volvió a vivir sus mejores tiempos. El olor de la vegetación la embriagaba y los paisajes la hicieron renacer.

Pasaron varios días antes de hacer el recorrido, pero pronto los niños escucharon los uhhh uhhh de Rosita y los chu-cu-chu de su tren.

Salieron a saludarla batiendo sus manecitas y nuestra amiguita vivió de nuevo como si tuviera 15 años.

A veces, cuando viajo a San Gil, al comprar mi tiquete le pido al vendedor: por favor señor, que me lleve Rosita. Fíjese bien.

+++++

El pez Filipín y la sirena Margarita

¡Quién iba a pensar que los peces podrían ser los últimos seres en la mente de Dios! Todos los niños saben que Dios creó el mundo en el máximo grado de perfección y que la historia sagrada y el catecismo nos enseñan que tardó siete días y nunca hemos sabido si dentro de los animales unos fueron creados antes que otros.

Concebimos a Dios como el principio y fin de todas las cosas; pero se nos enseña que puede ser tan chiquito como para estar al lado de un niño que necesita consuelo y también puede ser tan

grande como un papá con graves problemas para resolver. Si pensamos que Dios es todo amor y misericordia, pidámosle permiso para pensar que la creación de los animales se hizo de la siguiente manera:

Todos los ángeles fueron, en aquella época, fuertes trabajadores que contribuyeron a la creación del mundo; y uno de ellos, muy hábil para el dibujo, pensó que los animales deberían tener cuatro patas, y así dibujó los caballos y las vacas, unos de patas más chiquitas, como los gatos y los conejos, y otros con cuellos largos, como los camellos y las jirafas. Y así seguía este ángel dibujando, poniendo o quitando cosas para hacer a cada especie diferente. Poner una cola en la nariz de un animal parecía muy absurdo; pero cuando lo llamaron elefante, todo el mundo lo encontró corriente. Ponerles a unos animales manchas en el cuerpo y a otros pelos muy largos y también plumas y picos y narices, pero cada una diferente de las demás, fue una tarea que requirió la más grande imaginación.

Los ángeles menores, admirados de lo que hacía el ángel Filomeno, nombre de este diseñador de animales, le preguntaban a cada rato: ¿Y este animal cuál es? . . . entonces Filomeno contestaba: No sé que va a resultar; debemos esperar a conocerlo más a fondo para poder darle un nombre.

Uno de los siete días de la creación Dios llamó a Filomeno para que, obedeciendo sus órdenes, fuera colocando todos los animales sobre la tierra; ese mismo día el ángel Ceferino también trajo su tarea, que consistía en entregar todos los árboles y demás vegetales que cubrían la tierra. Ya habían sido colocados el sol y la luna en el espacio para que hubiera día y noche.

Al día siguiente, muy temprano, luego de salir el sol, los árboles empezaron a secarse, las hojitas a marchitarse y los animalitos a mostrar la lengua seca y el cuerpo fatigado con señales de mucho cansancio. Filomeno y Ceferino se angustiaron y pensaron que posiblemente no habían hecho a la perfección sus diseños; pero Dios, que ya sabía todo, los mandó llamar y les dijo: "El sol resulta muy fuerte y a todos los vegetales y animales del mundo con sus rayos puede quemar. Separaremos el agua de la tierra; ese líquido precioso será fundamental para el sustento de los seres hasta ahora creados". Y desde ese día hubo mares y océanos, pozos, lagos y ríos, sabiendo que son aguas de dos sabores: agua dulce la de los ríos y de los manantiales y agua salada la de los mares.

Cuando Filomeno vio todos aquellos recipientes de agua, inmensos como el mar y pequeños como los pozos, se fue derecho a su oficina con el pro-

pósito de pintar y diseñar algún animal que pudiera vivir entre el agua. Pero estaba tan cansado y cabizbajo, que solo se le ocurrió pintar un círculo y en el centro le puso un ojo muy grande, con pestañas largas y crespas; y aburrido de que nada le salía, volteó el papel para empezar de nuevo y otro ojo empezó por pintar. Como ya era de noche, Filomeno se durmió y hasta el otro día no comenzó la tarea de diseño.

Los angelitos retozones se entraron en la oficina de Filomeno y al ver sobre el papel aquel círculo con ese ojito tan lindo, le pusieron una corona de reina con un cordón y unos velitos de brazos; y como eran tantos y todos querían dibujar, velos y velos agregaron para formarle una cola; y cuando entró Filomeno le pereció tan simpático, que le pidió a Dios permiso para llamarlo PEZ y darle vida.

Los angelitos retozones se reían pues casi no tenía estómago esta figurita y Filomeno había olvidado ponerle boca.

El ángel Andrés, curioso y sorprendido, le hizo una rayita en la punta y dijo que así ese animal tendría boca; pero, además, era necesario inflarlo un poquito, pues estaba muy plano y achatado. Todos contribuyeron a terminar la creación del pez.

¿Qué nombre le pondremos? pensaron todos simultáneamente, y Filomeno sugirió que le llamaran "FILIPIN". Lo bautizaron con agua, lo saludaron en nombre de Dios y lo dejaron partir rumbo a la tierra, calculando que el largo viaje le permitiera llegar de noche para que se pudiera ubicar entre las aguas.

Conversando Dios con los ángeles, formó las nubes y lanzó un fuerte aguacero en toda la tierra para que esta agua que venía del cielo no produjera temor y les enseñara a todos los seres su uso y sabor; aquella tarde fue tan feliz en la tierra, que los árboles bailaron como también lo hicieron la papa y la zanahoria, las rosas y las violetas, las vacas, los perros y los gatos, las jirafas, los camellos y los sapos.

Bebieron las señoras raíces y renacieron las ramas y las plantas pero. . . nuestro chiquito Filipín bebió y bebió con su boquita tan pequeña y todavía le hizo falta mucha agua para poder revivir. Nuestro Señor, desde el cielo, conversando con Filomeno, miraba con impaciencia cómo Filipín, a pesar de conocer los beneficios del agua, temía lanzarse al mar. Entonces Filomeno fabricó un canal en la arena, que iba desde donde estaba Filipín hasta el mar. Se produjo en seguida una fuerte lluvia, y así pudo entrar el pececito en la inmensa marina.

Filipín se sintió muy dichoso. En el silencio del mar se oían los saltos que el pez daba de un lado para otro.

Ya habían transcurrido muchas semanas desde que Dios creó la tierra, cuando muchas plantas y árboles, curiosos de saber lo que era el mar, arrastraron sus raíces y tallos para acercarse a él y convertirse en algas y yerbas de agua. También lo hicieron las plantas con los ríos y por eso se conoce la flor de loto, que vive en el agua, y muchos otros vegetales que adornan el fondo del mar; y el pez Filipín, entre más revoloteaba dentro del agua, más suave se le ponía la piel, más transparente y bellos sus velos se volvían; se sentía orgulloso de sí mismo. Cuando se iba el sol en las horas de la tarde, Filipín asomaba su cabeza cubierta con aquella bella corona, para conversar con sus vecinos y desde la orilla veía a la vaca conversando con el toro, la yegua con el caballo, el perrito con su perrita y otras parejas de animales.

Por eso Filipín se dio cuenta de que Filomeno no le había creado su pareja y lloró y lloró toda la noche hasta que sus ojitos se hincharon; aquella noche durmió entre unas algas de color verde.

En la madrugada del día siguiente, apenas saliendo el sol, un loto abrió sus pétalos blancos

para comenzar el día con buen baño; y no había empezado a cantar cuando llamaron su atención los llantos y lamentos de Filipín: "¿Qué le acontece, joven pez? ¿puedo hacer algo por usted?".

"Dile a Dios que me escuche, pues aquí no puedo vivir. Tan solo entre las aguas del mar mi dicha no puedo compartir".

El loto, muy querido, se deslizó por entre el agua y hasta donde un papiro llegó y dijo a las raíces que, por favor, ayudaran a Filipín.

Papiro con buena voluntad, fue a dar hasta un sauce y le dijo: "Oye sauce, ¿tú que eres tan alto, alcanzarás hasta el cielo? Es necesario, urgente, que Nuestro Señor reciba un recadito".

El sauce se río de pensar que el papiro creyera que su altura fuera capaz de llegar hasta el cielo; pero con sentido práctico prometió ir hasta donde el nogal y transmitir el mensaje, así lo hizo el nogal, llevando el mensaje hasta el eucalipto y este último hasta el ciprés, quien por fin, levantando mucho su voz, gritó y gritó para hacer llegar a Dios la razón de nuestro querido pez; más nada se oyó y el mensaje se quedó en la tierra.

Había que volver a pensar en cómo ayudarle a Filipín; un pino seco e inteligente, sugirió que

a todos los animales se les pidiera que cantaran, gritaran y chillaran, mientras los árboles y las plantas movían todos a una, con gran fuerza, sus ramas y las aguas formarían mucho oleaje; las aves subirían tanto su vuelo, que con toda esa algarabía quizás podría lograrse que el cielo atendiera.

Mientras aquel escándalo se formaba, Filipín, desconsolado, seguía viviendo bajo las aguas del mar.

Los ángeles corrían y corrían buscando a los querubines y a los arcángeles para avisarles que algo tremendo sucedía en la tierra y que era preciso informarle al Señor. Por entre las ventanas del cielo todos los habitantes de aquel Santísimo lugar miraban a la tierra esperando que Dios se asomara; de pronto, la Omnipotencia Divina, desde su balcón preguntó: "¿Qué quiere la naturaleza?" "Y todos a una desde la tierra respondieron: "Una compañera para Filipín".

El Señor Dios volvió la cabeza, regañó a Filomeno por descuidado, y le ordenó que inmediatamente le diseñara la compañera a Filipín.

Filomeno, nervioso, empezó a correr por los pasillos del cielo y llegando a su oficina, sobre un papel en que pintaba una cara de mujer hermo-

sa, dibujó velos y escamas y mandó aquella figura para que Dios le diera vida y llegara pronto a la tierra.

Y aquella que al agua llegó, no fue otra cosa que una sirena, destinada a ser la esposa y compañera del acongojado Filipín. Pero, desgraciadamente, la sirena fue a vivir al otro extremo del mar.

Una violeta que alcanzó a ver a la sirena cuando caía al mar, se fue a donde los buganvillas y les pidió a todas las plantas rastreras y enredaderas para que, arrastrando sus hojas, le pudieran transmitir a Filipín el mensaje de la llegada de la sirena a quien habían puesto por nombre Margarita. Y así de mensaje en mensaje, de voz en voz, de trecho en trecho, se le informó a Filipín la llegada de su compañera y este cogió fuerzas y se arregló. Y empezó a buscarla con gran empeño.

Pasó de un mar a otro luchando contra la corriente.

Entre tanto, Margarita se desesperaba de mucho esperar, pues su compañero no llegaba. Ya había preparado lindos tejidos, había hecho su casa de arena y había alistado salones, cocina, cuarto de ropas y una linda escalera. Pasan los días y las

noches y la sirena, muy triste, preguntaba: "¿Debo morirme soltera?".

De pronto, un viernes, cuando ya había caído el sol sobre las aguas del mar, Margarita alcanzó a ver unas manchas rojas que gota a gota se iban entrando por la ventana de su casa; y ella, tan ordenada, se puso furiosa al pensar que su casa se le podía ensuciar. Salió corriendo al mar y tratando de evitar que las aguas rojas penetraran, se llevó la mejor sorpresa de su vida: Filipín había llegado; pero, ¡Oh! tristeza, moribundo se desangraba y agonizaba sin remedio. "De la tierra traigan, gritaba la sirena afanada, al doctor romero y a las doctoras yerbabuena y manzanilla y que no falten los enfermeros perejil y toronjil para ver si así podemos salvar a mi adorado Filipín". Romero le dio diez de sus ramas, yerbabuena, muchas hojas; y manzanilla, su flor. Mientras los enfermeros le preparaban aguas para beber y don cidrón le examinaba el corazón, la señora adormidera lo puso a dormir un rato para que descansase tranquilo esa noche Filipín.

El sábado, al amanecer, Filipín recobró el sentido y por los cuidados de tantos doctores, enfermeras y consejeros, se puso bien, y apenas observó a Margarita, se prendó de su belleza.

Fijaron el día de la boda, formaron entonces un altar bajo una inmensa ola y asistieron a la ceremonia plantas, árboles y flores.

Mientras el sol y sus rayos iluminaban el acto, Margarita y Filipín se aceptaron mutuamente en matrimonio.

Fueron felices los dos y se llenaron de hijos: los peces machos se parecían a filipín; y los peces hembras, a Margarita.

Un buen día llegó Filomeno, el ángel diseñador, y cayó en la cuenta de que había cometido un error en el diseño, pues las sirenas tienen una bella cara de mujer, entonces, con la autorización de Dios, a todos los peces los convirtió en semejantes a Filipín.

Y hoy nos dicen que no, que las sirenas son cuentos, que nunca han existido, pero pregúntenme a mí, antes de haber creído y vuelto a repetir el cuento que aquí mi lector ha leído.

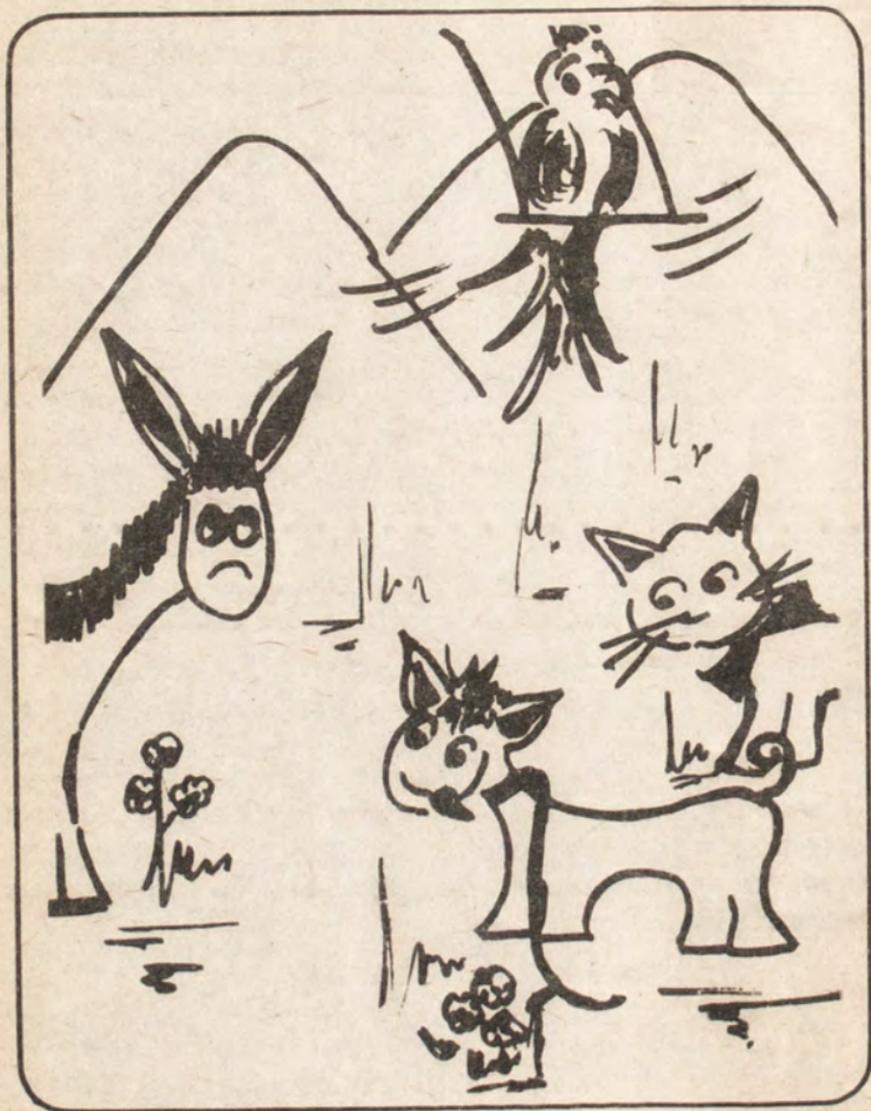
++++++

El mulo de Francisco

En la hacienda de don Jacinto tenían muchos cultivos, árboles frutales y animales domésticos.

En la loma, cerca de la alta montaña, se había construido una casa de teja de barro y ventanas de madera, paredes blancas y alrededores con jardines cultivados de flores.

Allí había novios, que son matas de hojas verdes y de flores rojas; además, margaritas blancas y amarillas, rosas rojas y hortensias azules.



En el cerro, muchos pinos daban aroma de bosque que el viento transportaban de un sitio a otro, llegando hasta la casa para que sus ocupantes la disfrutaran.

Entre los animales había perros, gatos, gallinas, loros, conejos, marranos, caballos y burros. Los niños que visitaban la hacienda gozaban el día consintiendo a los gatos y acariciando los perros o algunas veces llevando migas de pan a los pajaritos copetones. Los que habían aprendido a montar a caballo se subían en sus lomos y daban paseos por los campos aledaños a la finca. Cuando habían galopado mucho dejaban descansar al animal, recorriendo el camino a pie; y para realizar ejercicios para el cuerpo, practicaban el trote.

Pues bien, sucedió que en la hacienda se contrató a un mayordomo que tenía un hijo llamado Francisco, el cual iba a cumplir los 6 años. Sus ojitos eran negros y su pelo castaño. Era un niño alegre y amigo de la naturaleza.

Al gallinero madrugaba Francisco para observar cómo las gallinas ponían sus huevos y cacareaban. Luego se preocupaba por la comida de los perros:



reuniendo trocitos de carne y arroz los alimentaba. A los loros les enseñaba a hablar y les daba pedazos de panela, procurando a la vez que los cerditos no se ensuciaran más de la cuenta.

Francisco, interesado en aprender a montar a caballo, aprovechaba las tardes cuando ya se estaba escondiendo el sol, para saltar al lomo de la yegua llamada "Cereza" y dar una vuelta entre la arboleda de eucaliptus, sin que nadie se diera cuenta.

El niño había visto que los hijos de don Jacinto montaban utilizando unas sillas de cuero que cargaban sobre el caballo y de las cuales colgaban unos estribos.

El niño, que era hábil y muy valiente, se apoyaba en unas piernas pequeñas que hacían fuerza alrededor del caballo y trotaba y galopaba con mucha soltura, manteniendo el ritmo del paso del animal.

Alguna vez iba cargando Francisco el balde del agua para los cerdos, cuando vio a Cereza coquear con Tomás, nombre de un burrito. Chite,

chite, exclamó, Francisco, tratando de evitar el romance de esos dos. Cereza salió corriendo y Tomás fue a recibir su jáquima para traer el mercado.

¿Por qué, si hay tantos caballos, Cereza prefiere a Tomás? Esto se preguntaba el niño sin encontrar respuesta y aparentemente la yegua con sus ojos un poco tristes trataba de explicarle cada tarde durante el paseo que hacían los dos.

Cereza era vieja, la mayor de todos los caballos y yeguas de la finca; comía, pero no engordaba; seguía siempre igual. Su pelo no brillaba como los demás y sus músculos no eran ya tan fuertes y se cansaba con prontitud.

Una tarde, estando los hijos de don Jacinto acompañados de unos amigos del colegio, salieron a la carretera formando una animada cabalgata. Y cuál no sería su sorpresa cuando, al empezar la caída de la tarde, mientras el sol se ocultaba, Cereza tumbó a uno de los pequeños jinetes y corriendo regresó Cereza a la finca para buscar a Francisco.

El niño, muy asustado, quiso huir de la yegua; pero no pudo lograrlo. Suplicó entonces al animal que no lo delatara, porque le tenían prohibido cabalgar en los animales de la hacienda. Todos los niños regresaron en grupo y dieron a don Jacinto las quejas sobre el comportamiento de la yegua. Cerca de cincuenta azotes le descargaron y cayó Cereza, casi herida, entre el heno de su pesebrera.

Que nadie se le acerque, pidió don Jacinto, para que ella aprenda a portarse bien con mis hijos.

Hubo entonces que esperar a que llegara la media noche, para que Francisco sin ser notado fuera a atender a su yegüita. Muchas lágrimas derramó el niño sobre el lomo del animal y este a su vez lo miraba con ojos tiernos y tristes. Agua de la fuente, zanahorias y una cobija fueron los únicos remedios que el niño pudo traer; pero lo que más curaba al animal eran las "gracias" y "perdones" que Francisco murmuraba entre su llanto y mientras acariciaba a su amiga.

Con el pasar de los días fue acentuándose la amistad de los dos y para Cereza no había nada ni nadie

más importante que Francisco. Hasta cojeando algunas veces y a causa de un poco de reumatismo, Cereza acudía a la cita de las 5 de la tarde con su compañero.

Subiendo un día la loma que conduce a la Capillita de Nuestra Señora de la Soledad, niño y yegua resbalaron y cayeron junto al potrero en donde Tomás pastaba. Inconsciente quedó el niño y muy maltratada la yegua. Ninguno logró pararse y los dos quedaron como muertos. Nadie había observado el accidente; tan solo Tomás, el burro, notó, ya entre las sombras de la noche, los dos bultos quietos y silenciosos. Se dirigió precavidamente hasta la cerca de alambre de púas que lo separaba de ellos y afanado empezó a relinchar.

Mientras aquello ocurría en el campo, los padres de Francisco angustiados lo buscaban de un lugar para otro. Nadie daba razón del niño; parece inútil continuar la búsqueda. Sus hermanos habían recorrido el campo, los alrededores de la casa, el gallinero y la perrera. El último lugar por revisar sería el río, en aquella curva en donde al pie de los sauces Francisco pasaba horas del día cuando hacía sol.

Sin embargo, nadie había querido mencionar el

lugar, porque el pensar no más que allí hubiera ido, hacía temblar a todos.

En los últimos días la lluvia subió el cauce del río y sus aguas cubrieron la playita a donde Francisco acudía. El papá y la mamá cruzaron sus miradas y los niños observaron esperando instrucciones.

De repente, llegó hasta la casa de los mayordomos Esteban, el que cuidaba el gallinero y la caballeriza.

-“Cereza ha desaparecido, exclamó, no hay rastro de ella; se la han robado”. Unir a los dos desaparecidos sonaba a imposible para los mayordomos, ya que nadie había visto juntos a aquellos.

Tomás, el burrito, logró con mucho esfuerzo saltar la cerca y unirse con los accidentados seres. Con vaho calentaba al niño y con la lengua acariciaba a Cereza. A ratos dirigía Tomás miradas cariñosas a la yegua y esta se sentía como estimulada para mejorar. Los dos animales trataban

con empeño de revivir al chicuelo y ya muy entrada la madrugada recuperó Francisco el conocimiento.

Los padres de Francisco, mientras tanto, no podían dormir y varios trabajadores de la finca los acompañaban al tiempo que divagaban sobre varias posibilidades de emprender la búsqueda del niño. Prepararon agua de panela bien caliente y combatieron el frío con la bebida y con gruesas ruanas. Los hermanitos del niño encomendaron a la Virgen la aparición del chico. No importaba que a cada Padre Nuestro iniciado respondieran con la segunda parte del Ave María, ni que perdieran las cuentas del Rosario, por el sueño que les cerraba los ojos. Lo que valía era la fe y la buena intención con que los niños volvían sus ojos a Dios.

El gallo empezó a sacudir las alas y elevando su pico al cielo, desde la tapiade tierrapisada, entonó su canto y despertó el campo. Los padres de Francisco, vencidos por el cansancio y el sueño, no oyeron el cantar del ave; los niños se movían entre las cobijas sin levantar los párpados.

Antes de las diez de la mañana, ya estaba Tomás

pastando alegre en su sitio, Cereza recibiendo la avena con todos los demás compañeros de pesebrera y Francisco acercándose lentamente a su casa. Caminaba cojeando de la pierna derecha; un hueso se le asomaba entre la piel, como desubicado.

Toda la familia se sintió muy contenta al ver al chiquillo. Eso era lo más importante para ellos.

Los padres y el hijo viajaron al hospital y allí el médico recomendó enyesar al niño y tenerlo quieto por algún tiempo. Con una muleta el niño podrá caminar para no mantenerse totalmente inmóvil y luego de dos meses estará completamente repuesto.

De regreso a la hacienda, todos acudieron y se alegraron de las buenas noticias; Francisco muestra con cierto orgullo su yeso y su cojera. De la casa de los mayordomos hasta la pesebrera había un espacio de 500 metros y hasta el potrero donde está el burrito, muchos más. Sin embargo, el niño se dio sus trazas para ir a saludar a Tomás y a Cereza y contarles cómo le había ido. Ellos compartieron la buena nueva y formaron gran algarría.

Francisco se propuso ayudar a los dos animales, para que pudieran verse de vez en cuando. Mientras tuvo el yeso Francisco, hacía maniobras para lograrlo y cuando se repuso, volaba todos los días, renovando sus paseos con Cereza, hasta el potrero donde estaba Tomás y conversaban los tres de las novedades del campo, del tiempo y de la hacienda.

Pero sucedió que Cereza empezó a sentirse incómoda después de algún tiempo; en efecto, comenzó a engordar mucho y a perder el apetito. Parecía enferma pero al mismo tiempo abrigaba muchas esperanzas y alegrías. Aún no les había contado a Francisco y a Tomás la buena nueva: iba a tener un "bebé", y ya le faltaban pocos meses. Una mañana en que enjalmaban a Tomás para llevar al pueblo unos bultos de cebada de la que estaban cosechando en la hacienda, amarraron el burrito muy cerca de la pesebrera donde estaba Cereza y esta le transmitió la noticia y Tomás recibió la nueva con mucha felicidad. El niño, que siempre andaba cerca de sus amigos, trató de entender el motivo y sonrió alegre.

Cuando a Cereza se le acercaba el día de tener su "bebé", Francisco, Cereza y Tomás se preocu-

paron mucho porque en otras ocasiones, al casarse una yegua con un burrito, la castigaban fuertemente y la retiraban de la pesebrera; ahogaban al "bebé", y hasta mataban al burro.

Francisco, que era niño, no advertía el peligro que se avecinaba y saltaba de gozo, al pensar en lo que iba a suceder.

Y llegó el momento: a la una de la madrugada Cereza daba vueltas y vueltas acostada sobre su cama de heno; su respiración era muy agitada, su cuerpo tiritaba de frío y Tomás, nerviosamente, producía vaho aceleradamente para calentar un poco el ambiente. Francisco llegó trayendo una lámpara de gasolina, de aquellas que llevan en el centro una caperuza y una manta grande y gruesa para abrigar a la futura madre.

Sin quejas ni lamentaciones Cereza intentó hacer su trabajo para lograr su maternidad y burro y niño estaban alerta para lo que se ofreciera.

Llevar ya más de una hora y el bebé no nace aún. La yegüita estaba extenuada, adolorida y con

los ojos vidriosos trataba de fijarlos en el cielo, en busca de ayuda. La lámpara de gasolina quemó su caperuza y quedaron a oscuras; Tomasito se afanaba sin conseguir nada, mientras el niño derramaba lentas lágrimas. Era la primera vez que presenciaba el milagro de un nacimiento. Si los acompañantes de Cereza hubieran entendido, se habrían dado cuenta de que poco a poco, perdidas las fuerzas de la madre, el peligro de la muerte era inminente.

El animalito que estaba por nacer, enredó sus patas, dificultando el nacimiento; y a las seis y media, cuando el sol iluminaba la pesebrera, en lugar de tres ya eran cuatro. La madre, orgullosa, admiraba su "bebé", un mulo oscuro y gracioso, lleno de pelo y con hermosa capul.

Tomás, temeroso de ser castigado por encontrarse entre los caballos, abandonó el lugar y rápidamente regresó a su potrero. Francisco hizo creer a sus padres que había dormido toda la noche y trasnochado se incorporó para empezar las labores del día.

A las once de la mañana estaba Francisco llevando lavazas a los cerdos, cuando Octavio, el

encargado del aseo de las pesebreras, empezó a gritar: se ha muerto Cereza y un mulito oscuro se aferra al cuerpo frío de la madre. Le pareció al niño que su corazón se iba a parar, quiso correr y no pudo, trató de llorar y una opresión en la garganta no lo dejó. Desplomado sobre el prado verde y húmedo por el rocío, miró el suelo y afrontó, como humano que era, aquel dolor.

En la pesebrera recogieron a Cereza y se dispusieron a enterrarla. Un hueco grande y profundo se abrió en el campo, coincidentalmente en el secreto lugar donde Francisco casó a su yegua con Tomás. Los trabajadores comentaron la sorpresa del mulito y buscaron con rabia al padre. Afortunadamente iba a serles imposible descubrirlo; y entre los seis burros que había en la hacienda, cualquiera hubiera podido ser. Octavio y Esteban estaban de acuerdo en opinar que era ventajoso para la madre morir luego del parto, ya que el temperamento de don Jacinto no hubiera perdonado su conducta.

Repuesto Francisco del impacto del primer momento, se acercó, con sus ojos húmedos y reconocida emoción, hasta su yeguita amiga. La

abrazó y la besó sobre su cuerpo frío; pero los observadores de la escena atribuyeron aquel episodio a demasiada emotividad del muchacho. El niño no se quería separar de la yegua y el mulito guardaba silencio absoluto ante lo inexplicable que era para él lo acontecido. Con mucha dificultad y entre varios hombres cargaron el pesado cuerpo de Cereza, hasta el sitio en donde se hallaba el hueco para enterrarla.

Francisco no quiso almorzar y sus padres lo consolaron, aunque no conocían la profundidad de su pena ni el secreto que el niño guardaba en su corazón. El mulito había sido olvidado por campesinos y trabajadores. Sin abrir aún los ojos buscaba alimento y no lo encontraba; trataba de pararse, pero lo hacía torpemente. ¿Qué sería de él? Habría que ahogarlo para evitar mayor disgusto con el patrono.

La mamá de Francisco empezó a molestarse al ver que su niño no encontraba consuelo y no quería superarse emocionalmente. Por fin, el niño le pidió a su madre que le permitiera traer al mulito a su casa. La petición no era sencilla, porque el animal pertenecía al patrono y era preciso consultarle. Pasaron los días, hasta que don Jacinto,

de regreso a la hacienda, se enteró de lo ocurrido y sin malos genios ni aspavientos accedió a que el niño Francisco fuese dueño y amo del mulito.

Ese animal despreciado por su raza, resultó ser el más hábil, de buen tamaño, más rápido, de paso más agradable y respondió con gran nobleza al mandato de su amo. Durante mucho tiempo don Jacinto y sus hijos hacían burla de Francisco y su mulo, menospreciando al animal y criticando la dicha y orgullo del propietario.

Ya había cumplido "FEITO", nombre que Francisco escogió para su mulo, los dos años y el niño sorprendía a los demás con el galope y la dirección de que era capaz sobre el animal.

Al llegar la navidad todos los veraneantes gustaban de participar en diferentes concursos; había causado gran revuelo el anuncio de una carrera de caballos que se llevaría a cabo el 24 de diciembre, a las 9 de la mañana en los potreros de la hacienda de don José Sandoval. La inscripción por concursante era de 50 pesos, suma que debía entregarse antes de los próximos ocho días.

El más entusiasta era Francisco, pero no tenía cómo reunir la plata ni manera de pedirle a nadie una ayuda. Recogiendo peras y vendiéndolas luego a los veraneantes logró reunir 6 pesos.

Con esto, compró un tarrito de jugo en polvo concentrado y preparó varios frescos que vendió a los chicos que salían cansados y sedientos de jugar unos partidos de tenis. Poco a poco fue reuniendo y cuando alcanzaba su capital a la suma de 38 pesos, se fue a la feria; y jugando unas monedas en los diferentes juegos de azar, lo que consiguió fue reducir el capital a 32 pesos. Una señora que participaba en el juego se dolió de ver la cara de desilusión que puso el niño, y como a ella le sobraban unos, dio al niño un billete de veinte pesos y le dijo: "No vuelvas a fijar tus esperanzas en juegos de azar, que siempre te darán la espalda".

El niño le dio las gracias y consideró como un milagro la actitud de la señora; en seguida se fue corriendo al lugar de las inscripciones e hizo la suya así:

Nombre del caballo: FEITO

Edad 2 años

Raza	Mezclado
Paso	Trote
Propietario	Francisco Cepeda
Jockey	El mismo

Llegó el 24 de diciembre. Todos los chicos habían separado asiento en las tarimas de madera dispuestas alrededor de la pista. Nadie de la familia de Francisco asistiría, pues como no podía explicar el valor de la inscripción, el niño no les había dicho nada.

Iban llegando los muchachos ataviados con elegantes briches y botas y sobre el pecho llevaban camisas de colores con números bordados y con el nombre de la finca de que procedían. ¡Qué altura de caballos, qué bien peinados y qué monturas! Puro cuero, brillantes y con estribos de cobre relucientes.

¡Qué carcajada soltaron todos cuando Francisco entró con sus pantalones rotos y con alpargatas, montando al mulo, sin montura ni estribos! El niño

sollozando se acomplejaba al tiempo que sonreía a las madres que por lástima reprendían a sus hijos por burlarse de él.

Alistados todos los caballos en sus puestos de salida, Francisco, con temor, ocupaba el último lugar; y mientras los otros niños golpeaban sus caballos, Francisco con cariño le hablaba así a su mulito: "Acuérdate de Cereza, la yegua más linda que ha existido; ella desde el cielo nos ayudará a triunfar y no te apenes, que ninguno sabe correr como tú. Dieron la largada y tomó la delantera el caballo blanco del hijo de don Jacinto; en segundo iba el alazán; en cuarto lugar venía Feito. Todos azotaban a sus caballos y les daban espuela mientras Francisco, cogido del pelo del mulito, avanzaba siempre gritando; "por Cereza por Cereza".

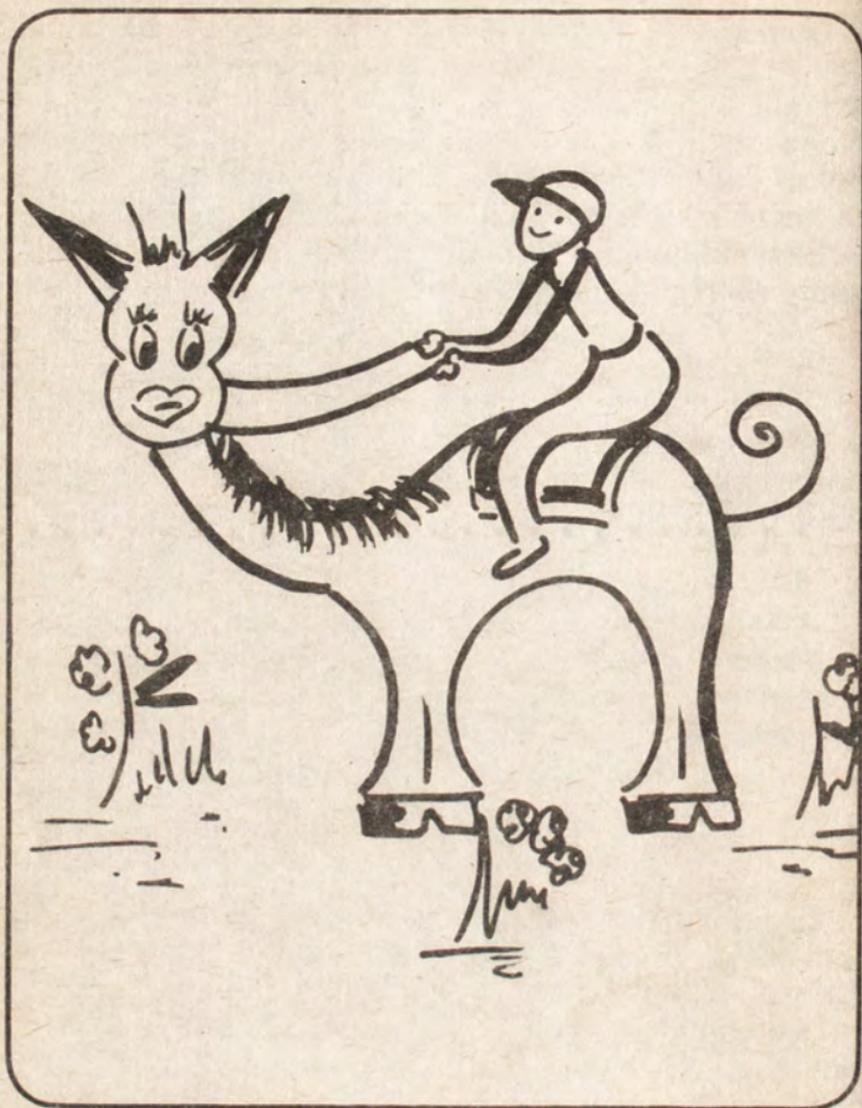
Todo el mundo seguía la carrera con gran entusiasmo. Señoras con binóculos miraban a lo lejos y nadie se fijaba en el mulito, que avanzaba y avanzaba. El caballo blanco mantenía su primer lugar y Feito compartía el segundo con el alazán. Faltaban solo 100 metros para terminar la carrera.

Don Jacinto apostó 5.000 pesos al ganador y todos los participantes del entusiasmo, subieron el premio al primer puesto para que el vencedor obtuviera otros 5.000 pesos. Todos hacían cuentas en favor del hijo de don Jacinto; pero repentinamente la fusta que llevaba el jinete del alazán golpeó involuntariamente al caballo blanco y el niño cayó al suelo en accidente sin consecuencias.

Se disputaban el primer lugar el alazán y Feito, hasta que este venció a su contendor, por una nariz. ¡Qué llanto, qué felicidad!

¡Hemos ganado! exclamó Francisco, como hablando a su mulito, y abrazó al animal, mientras el resto de los espectadores no salían de su asombro y sorpresa.

Un gran banquete de zanahorias para el mulito, una silla de cuero fina y gualdrapa de pura lana, fueron el regalo de Francisco para su animal, lo mismo que una pequeña pesebrera al pie del cuarto del niño en donde Feito ya no sentiría frío; y Francisco, por su parte, compró unos briches, botas



y camisas, mereciendo entre todos el más absoluto respeto como valiente amo de su lindo "FEITO".

El cariño y la miel pueden, en muy pequeñas cantidades, lograr lo que no alcanzan cien barriles de vinagre.

+++++

Chipiquili

A la cima del monte Everest llegaron tres aves grandes y de vuelo largo: el cóndor, el águila y un extraño buitre.

Para alcanzar esa altura, la más grande de la tierra, tuvieron que recorrer kilómetros y kilómetros sin parar.

Estableceremos aquí, dijo una de esas aves, el palacio más blanco de nieve que existirá jamás y obligaremos a que todas las aves de la tierra vengan a conocer el nuevo reino. Pero antes, debemos formar un gran ejército que vigile y mantenga la guardia de nuestro palacio.

Pensaron en los flamings, aves de patas muy largas, llenos de plumaje de color rosado para que miles de ellos vinieran al lugar. Con señales de humo y antorchas de fuego recibieron el mensaje los flamings y ufanos y orgullosos se prepararon para cumplir su misión: aprendieron a marchar, a formar un pelotón de acompasado movimiento y antes de la fecha de vencimiento, ya las rosadas aves hicieron la primera guardia.

Nuevas ideas surgían en el palacio, cuyas paredes de hielo puro parecían de cristal; ya estaban contruidos cerca de 3.000 nidos para las aves reales. De todos los rincones del mundo llegaron muebles lujosos, lámparas de porcelana y cristal y armamento bélico para los ejércitos que los defendieran en las guerras.

Resplandecía aquel palacio, tan bello como frío, y el sol que escasamente alumbraba unos pocos minutos cada día, lo hacía relucir mucho más.

El cóndor y el águila estaban temerosos de la conducta del buitres, algo sospechosa a ratos. Aún no se definía cuál de los tres ceñiría la corona de "Amo de las Aves".

Los ruidos del viento y las tormentas de nieve producían pánico en las noches; y los flamings, no adaptados para vivir en tan bajas temperaturas,

pidieron al "triumvirato" que les dieran vigilantes nocturnos. Antes de las doce de la noche en todo el mundo se oían ruidos de tambores manejados por flamingos, para comunicar a las aves de la tierra los nuevos cargos creados en el reino.

35.000 búhos hicieron solicitud y tan solo 20.000 de ojos de color amarillo fueron seleccionados. Desde aquel día el palacio tenía 20 mil nichos sobre sus costados, desde donde en las noches se vigilaba sigilosamente.

Aún no habían contratado a nadie para servir las comidas y los banquetes.

Los pingüinos, habitantes polares y muy conocedores del lugar, aceptaron servir en el palacio. Se vistieron entonces de smoking elegante y empezaron sus labores.

Los cuervos, sin avisar, llegaron de cocineros, y desde ese día prepararon manjares finos, postres, tortas y merengues, colombinas, pastelitos y bocados. 2.000 de ellos fueron necesarios.

Estaba completo el palacio: habitaciones muy amplias, muebles abundantes, ejércitos, armas, vigilantes y cocineros, servidumbre y grandes bodegas. Para servicio de talleres y mantenimiento se trajeron pájaros carpinteros y para almacenar

los pescados, mil pelícanos formaron fila en el sótano.

Empezando la semana, se efectuó una nueva reunión entre los grandes del reino. El águila y el cóndor se quejaron de la falta de pájaros cantores y el buitre insistía en mantener lúgubre el ambiente. No se pusieron de acuerdo y el palacio se volvió triste: los sonidos que emitían los búhos, los cuervos y los flamingos formaron, con los tac, tacs de los pájaros carpinteros, los ruidos más infernales que atrajeron a más buitres, chulos y aves negras.

¿Cuál sería el propósito del buitre?

Todo el palacio estaba cubierto por una sombra negra. Por el pasillo de los nidos caminaba cabizbajo el cóndor, cuando la punta del ala derecha del águila le señalaba un oculto pasadizo. Voló el cóndor y allí se encontraron los dos.

Si no actuamos de inmediato, dijo el águila, este hermoso palacio será posesión de los malos y es mejor que todas las aves participen de esta creación. No consultemos al buitre, dijo el cóndor, y firmemos un edicto, para llamar a las aves de todo el mundo. Así se hizo;

Los amos y reyes de aves
citan a todos los pájaros;
preparen todos sus naves
con objetos y regalos.
No antes del 30 deben
en este palacio posar;
y si con los hijos pueden,
que se acerquen a gozar.

Los flamingos tomaron felices las cornetas; y mientras los pájaros carpinteros elevaban las banderas, el cóndor y el águila elevaron en la más alta torre la bandera que llevaba escrito el mensaje del edicto.

Los chulos y los buitres cuchicheaban y esperaban el regreso del buitre noble para conocer su reacción e instrucciones. Los pingüinos y los cuervos revolaban felices.

A la medianoche, una reunión secreta entre chulos y buitres produjo carcajadas y comentarios entre los participantes: Dejemos que lleguen las aves, les cortamos las alas, les destrozamos los picos; de esa manera nada pueden hacer. En todo caso, antes del 30 debemos coronar al buitre como rey.

El cóndor y el águila agradecieron al buitre por estar de acuerdo con ellos y no sentirse ofendido

ante el edicto inconsulto. Para premiar su voluntad, le prometieron, después de tres días de prueba, nombrarlo jefe de las fuerzas del reino y del ejército. El buitre fue ejemplar durante aquellos tres días y con gran ceremonia recibió su quepis de honor, "para el noble manejo de las fuerzas del reino y para velar por la justicia y la paz".

Los cuervos prepararon el banquete y los pingüinos sirvieron algo agachados. Los búhos vigilaron a medio ojo y todo el palacio desconfió de aquel jefe. Este es un nombramiento precipitado, opinaban los flamingsos.

A los pirineos, unos montes muy altos de Francia, llegaron los mensajes que invitaban a las aves a participar el 30 en las fiestas del palacio. Las perdices blancas fueron al río, lavaron sus plumas y decoraron sus huevos con los colores del arco iris.

"Antes de caer la tarde empezaremos la travesía", dijeron. Es preciso llegar hasta Rusia, en Siberia descansamos, para luego temprano seguir a la China, atravesar la India y llegar al reino de Nepal. Se dice que allí hay unos coches que tienen unas alas grandísimas para llevarnos al palacio que está en la cima del Everest.

Las golondrinas ya se alejaban de Norte América, donde empezaba el invierno, y millones de ellas, se dirigían en grupos a Costa Rica, cuando en el camino encontraron una paloma mensajera que les informó de la cita en el palacio. Nosotras no podemos asistir pues todo el mundo sabe que no nos gusta el invierno y aquel palacio es muy frío, hecho de nieve y escarcha. Ensayemos, dijeron algunas, viajando al Monte Mc Kinley, el más alto de Norte América. Si allí podemos estar, seguimos viaje hasta el palacio Real.

Se pusieron de acuerdo y empezaron el vuelo. En el Africa ensayaron las mirlas del Monte Taita las más lindas canciones para alegrar las reuniones que se llevaran a cabo.

Los periquitos de Australia ensayaron, a su vez, los bailes y los cantos regionales.

Las palomas de Sumatra, llevando joyas en los picos, acrecentarían el tesoro real.

En el palacio, el cóndor había contraído matrimonio con el águila y reforzando poderes se declararon reyes y amos de las aves. Plumaje especial formado por mantas reales lucían las dos aves, que alegres esperaban el día de la coronación.

Confirmaciones de visita habían recibido por parte de millones y millones de aves de todo el mundo. Loros, mirlas, ruiseñores, pelícanos, gaviotas, avestruces, chogüies, chorlitos, halcones y guacamayos. Solo los pajaritos gorriones faltaban por contestar. Entre ellos el chipiquili chiquito japonés, de escasísimo vuelo, lloraba desconsolado. No soy bello ni agraciado, el cielo solo me hizo para comer los insectos que sobran en todas partes; y como no soy ave de largo vuelo, no podré viajar.

Alondras de Norte América pintaban sus plumas y sobre sus picos colocaban serpentinas, cintas y sedas para adornar con ellas el trono de los reyes el día de la coronación. Sambas, tambores y maracas preparaban los parlanchines brasileiros para rendir homenaje a sus amos del nuevo reino, mientras a Colombia cóndores fuertes e hidalgos precavidos resolvieron emprender vuelo para ayudar al rey de las aves del mundo.

El llanto de los gorrioncitos iba formando ríos y por ellos viajaban muchos de los pajaritos que deseaban llegar al Everest.

En el Japón los chipiquilis no querían dejar de asistir, pero tenían que estudiar muy bien su recorrido: Son muy débiles y no pueden unirse a los demás gorriones del mundo.

Buitres y buitres oscurecían el mundo con sus alas y volando desde Australia y Europa, América y Africa iban llegando hasta el Asia para acompañar al jefe supremo de las fuerzas.

Faltaban ya dos días para la coronación, todos los cuartos del reino estaban listos; las aves-coches en las llanuras de Nepal, recogieron millones de aves elegantísimas que llegaron a aquel lugar y lentamente ascendieron por el monte Everest hasta llegar a la cima.

Los pingüinos corrieron y corrieron para preparar los salones para las visitas y grupos de cada país ensayaron canciones y bailes, danzas de vuelo, movimientos de alas y ojos pícaros y alegres. Sambahs del Brasil, tangos de Argentina, cumbias de Colombia, joropos Venezolanos.

De México las aves llevaron sombreros grandes y con guitarras prepararon unos corridos mexicanos.

Pájaros rock y muy gringos llegaron en carros veloces repartiendo a todo el mundo chicles de todos los sabores.

¿Llegarían los gorrioncitos? . . .

De pronto llegaron las golondrinas, cubiertas con abrigo rusos y ástracanos de brillo negro las cubrían como zares y entrando a los aposentos empezaron a revolar para entrar en calor.

Todo el palacio reía y gozaba en las celebraciones que se estaban llevando a cabo en él; cuando los periquitos de Australia, anunciaron su ingreso en palacio, los flamings formaron una escuadra para recibirlos dichosos; hubo entonces honores, cumplidos y flores para los lindos pajaritos.

Por la India llegaron los gorrioncitos; miles habían muerto y millares venían heridos, pero su férrea voluntad resuelta seguía adelante. El fuerte sol de la India y el cálido clima secaba sus lágrimas antes de caer a tierra, y no volvieron a formarse ríos. Sus patitas, casi sin uñas, rasgaban el suelo y la tierra, para mantenerse en pie.

Risa y lástima daba ver tantos millares de millones de pajaritos, atacados y perseguidos, enfermos y heridos tratando de acudir a la coronación.

En el Japón los chipiquiles trabajaban en el laboratorio para encontrar la manera de llegar al Everest. Las mujeres y los niños habían preparado con cueros y pajas, hojas y flores, miles de maletines para llevar los regalos.

Cerca de medianoche, la antevíspera de la coronación, dormían los reyes y descansaba la servidumbre; los millones de visitantes trabajaban en sus espectáculos sin descanso y el sueño vencía a muchos.

Una tropa de buitres y chulos invadió el palacio por el ala derecha y recorrieron unos pasillos ocultos llevando ratones muertos para asustar a los pájaros.

Ha empezado, pues, el plan del buitre, quien piensa derrocar a los reyes. La sentencia de muerte contra todas las especies de aves ha sido dictada y este será el fin del famoso palacio y del reino de los pájaros.

Los malos olores han adormecido muchos pájaros, otros han recibido aletazos de buitres y todo el ejército de flamingsos ha sido encarcelado. Los reyes siguen dormidos y las cosas empeoran.

Una golondrina escondida detrás de un armario ha visto cómo adelantan las cosas y los nervios que invaden al buitre, general supremo; movimientos de pico y de cabeza delatan los malos propósitos. Tomando la golondrina todos los abrigos rusos de astracán despertó a sus compañeras, las hizo vestir y les expresó la necesidad de incorporarse a la tropa de chulos, lo que todas hicieron;

y mostrándoles las ratas muertas, las incita a comer abandonando cualquier otro propósito. Fue demasiada tentación y por eso todos los chulos cayeron. Las ratas envenenadas redujeron el ejército del buitre.

Las águilas empezaron a volar acompañadas de los flamings, quienes se negaban a asistir a la coronación desde que supieron del nombramiento del buitre y de los malos tratos para el ejército de flamings de palacio. Ha llegado la hora del ataque; la justicia vencerá y el culpable será descubierto.

Los gorrioncitos, ya olvidados del mundo, más muertos que vivos llegan a las faldas del Everest sin encontrar manera de subir y una tormenta de nieve los cubre completamente.

Los chipiquilis, laboriosos japoneses, inventaron un aeroplano, el primero del mundo. Fue cargado con 19 millones de hermanos, cada uno con una maleta que contenía un regalito sencillo. Pasaron volando el mar y atravesaron la China, pero los vientos los desviaron hasta Birmania.

Águilas de todo el mundo rodearon el palacio y cuando descubrieron que adentro se preparaba un complot, durmieron a todos los búhos y dejaron sin luz al palacio ¡Qué desconcierto entre todos

causó este nuevo acontecimiento! Mientras tanto, los flamings prepararon a todos los cuervos, para que, disfrazados de chulos, con las golondrinas confundieran a todos los buitres: las faldas del Everest estaban llenas de ratas. Todos los buitres volaban hasta las faldas del monte; y descubriendo a los gorrioncitos, los recogieron.

Mientras tanto, los flamings soltaron al ejército encarcelado y las águilas formaron trincheras para atacar a los buitres. Estos soltaron a los gorriones en todas las habitaciones y regresaron al lugar en donde supuestos chulos hacían la guardia.

De repente, se produjo un ruido en el cielo; y causó tanto estupor que los buitres se sintieron atacados y se asomaron a los balcones del palacio. Entre tanto un aeroplano destartalado golpeaba con sus alas todo lo que encontraba.

Los buitres iban cayendo uno tras otro; y cuando solo quedaban unos pocos, el buitre supremo levantó un pañuelo blanco y se entregó a las autoridades. Los chipiquilis ganaron la batalla.

En medio de tanta conmoción se despertaron los reyes y las águilas, por su parte, empezaron a festejar lo ocurrido. Entregaron joyas y regalos y una preciosa corona de plata. El cóndor también recibió

bellos objetos de oro y todas las aves del mundo cantaban y bailaban. ¡Qué precioso espectáculo!

Se acercaba la hora de la coronación. Los periquitos habían formado con sus alas alrededor del trono, un marco que superaba al arco iris en colorido y belleza.

Los chipiquilis japoneses, los pájaros más humildes de la tierra, pero más laboriosos y sinceros, hacían fila con sus maletines. El más pequeño de ellos, el autor del aeroplano, guardaba silencio y respeto esperando la coronación.

Solo el buitre jefe, agonizaba en la cárcel, arrepentido de su mal proceder.

Las águilas, mientras terminaban de arreglar a la reina, le contaron lo sucedido en la noche y ella se acercó luego al cóndor para transmitirle la noticia.

Y el célebre chipiquili, autor del aeroplano, subió con su maletín acompañado de todos sus hermanos, para ocupar el trono del rey de las aves. Hubo llantos y risas de felicidad, mientras se escuchaban también aletazos como aplausos al nuevo rey.

Cuando levantaron el vuelo los pericos para elevar la corona y antes de colocarla sobre la diminuta cabeza, de los maletines salían notas de diferentes colores y dejaban escuchar lo siguiente:

Pueden más el genio y la razón que las plumas, la belleza y la pasión.

+++++

El hada Roscón y el príncipe Mojicón

Sebastián, el panadero, tenía su hogar muy bonito: su mujer, doña Rosita, le había dado tres hijos muy buenos; dos que iban a la escuela y el pequeño, Martín, que daba vueltas por la casa, ayudando en el oficio a su papá.

Mientras mamá hacía el almuerzo, Martín les buscaba el porqué a muchas cosas, y cuando obtenía las respuestas, se iba a donde Sebastián para mirarle amasar.



Martín, siempre admirado, se concentraba en el horneado: Cómo un poco de harina con agua, huevo y levadura se elevaba, hinchaba, se engordaba y cambiaba de color. Y cuando la brillaban, y agregaban azúcares desparramados, Martín empezaba a bostezar; y mirando a los trabajadores, esperaba que sus ojitos conquistaran la voluntad de aquellos para que le regalaran un mojicón.

Al principio, Martín se comía todos los panes, bizcochos, roscones y mojicones que le quisieran regalar; pero a medida que más conocía este trabajo, más admiraba los panes, más cariño les toma-

ba, y así los fue convirtiendo en los amigos y compañeros de su vida infantil.

El bueno de Sebastián veía con mucho agrado que Martín fuera tomando afición por su oficio y en las noches de desvelo le decía a su mujer: "Quiero que Martincito aprenda muy bien el trabajo para que, luego de terminar la escuela, pueda tener su propia panadería y sea como yo".

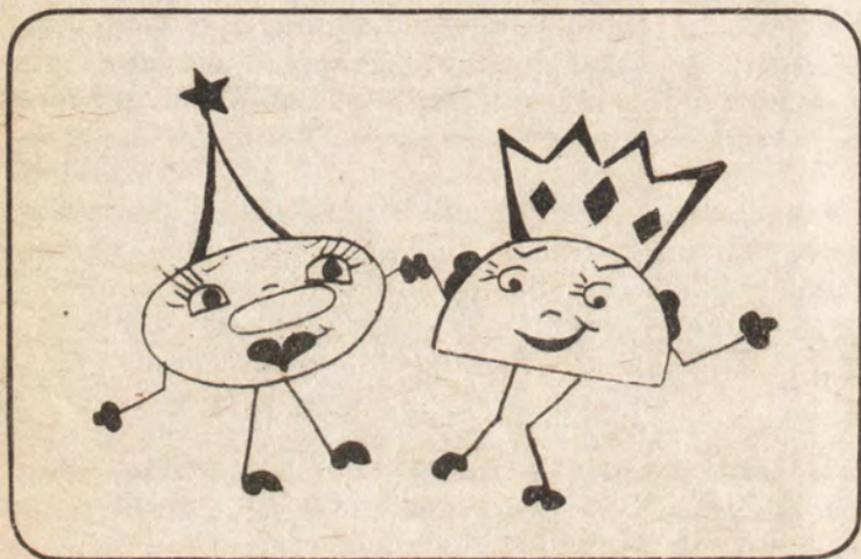
Sebastián se sentía orgulloso de su vida, de su mujer, de su casita y de sus hijos. Los dos que iban a la escuela estudiaban la geografía, la aritmética y otras materias, y cuando volvían a casa comentaban "tantas alturas", que doña Rosita decía: "Van a ser importantes". A las cuatro se comenzaba a trabajar para que los panecitos, bien frescos, pudieran estar en las vitrinas más o menos a las seis o a las siete cuando la gente venía a comprar.

Cuando Sebastián se levantaba, todo estaba oscuro y tranquilo y, sin hacer ruido, se ponía su blusa blanca, un gorro muy limpio en la cabeza y los calzones de diario. Abría el candado que cerraba la puerta del cuarto de la harina y cogiendo un gran bulto, se lo llevaba a la panadería. Allí se ocupaba en batir, estirar y aplanar la masa que generosamente le daba el dinero para comprar los vestidos, libros y juguetes, más otros menesteres de ese hogar tan gracioso.

Martín, cuando tenía cuatro años, le pidió al Niño Dios que le trajera un disfraz de panadero y muy pronto obtuvo ese regalo.

Desde entonces empezaron, pues, a trabajar Sebastián y Martín. Cuando el papá terminaba la tanda de sesenta panecitos, Martín los iba colocando en una lata engrasada.

Una mañana sacó Martín los roscones que estaban listos y fue colocándolos cuidadosamente en la vitrina. Entonces pensaba: ¡qué lindos! Parecen unos reyes. ¿Qué dirían si pudieran hablar? . . .



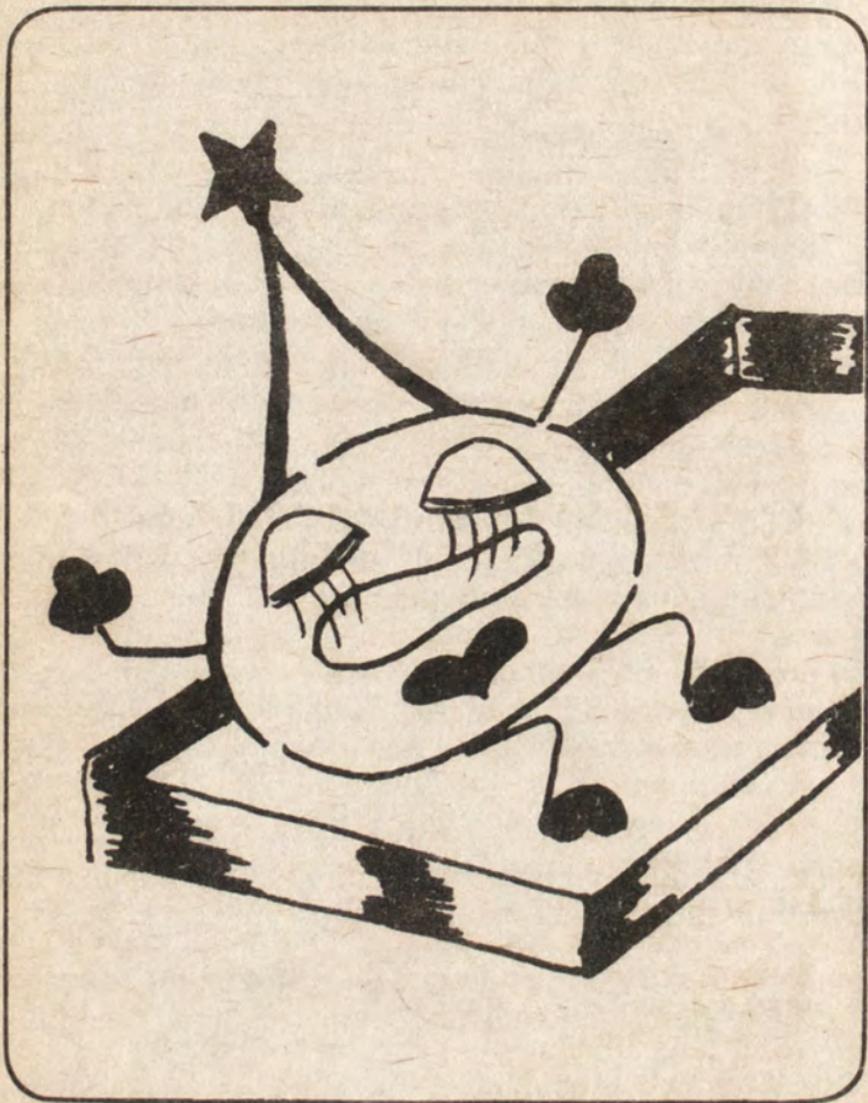
Y asombrado Martincito oyó una voz que le dijo: "Guárdame entre tu blusa y llévame a un escondite, y yo, que ya soy grandote, te contaré de la vida".

Martín cogió el roscón y lo llevó a una esquina; y lo dejó muy bien escondido en una cajita de cartón. "Ahorita vuelvo", le dijo, y agregó: no quiero que se note que faltas tú, esta mañana".

Martín continuó su labor ayudando en lo que pudo; y cuando fueron las diez, se fue a su esquina, abrió su caja de cartón y allí el roscón comenzó a decirle: Estoy pensando, Martín, que yo antes era muy alegre, cuando podía jugar con mis compañeritos; pero mi Dios me llamó para que fuera importante y a puros golpes me formaron hasta convertirme en roscón. Pero ahora que ya estoy listo, tengo miedo de la vida, pues de pronto ella me reclama como una golosina y de un solo mordisco, me maten y me dejen sin vida.

¿Y qué quieres que haga yo? le preguntó Martín con tristeza.

Después de mirar fijamente al rosconcito, Martín le dijo; "Pues yo soy hijo del jefe, dueño de tu vida y de la mía".



"Que me tengas guardadito hasta que yo te lo diga".

Todos los días Martín iba al rincón y oía hablar al roscón con mucho interés y con mucha alegría. En ocasiones recibía consejos como estos; "nunca seas perezoso, que eso es aplazar lo que debes hacer ahora con calma para, en un tiempo peor, con afanes y con lágrimas, hacerlo con gran descuido". "Quiere mucho tu infancia, cuando todo te regalan y no tienes obligación, pues ser grande es peligroso y requiere voluntad y devoción".

Un domingo, hacia las ocho, todos se fueron a misa, pero Martín se quedó y llevó un mojicón a la cajita en que estaba su amigo.

Gracias, Martín, le dijo el roscón y agregó, muy sonriente: Veo que tú has pensado en que yo me encontraba muy solo y muy triste.

Ahora con mojicón compañero, podré yo más fácil esperar tu visita. Estuvieron muy felices y el roscón les contó que por una equivocación la gente creía que era hombre cuando lo cierto era que Dios lo había creado para ser señora y buena compañera del pan y del mojicón".

Entonces dijo Martín: "Yo los debo casar".

Y haciendo la Santa Cruz, les bendijo su hogar. Martín les llevó después una cajita más limpia y más nueva para que allí vivieran mejor, le pusieron cintas, velos, granos de azúcar y harina y la llamaron palacio, y entre ese cajón vivieron el hada y el príncipe panes.

Martín, que por entonces ya tenía seis años, iba a la escuela y la maestra se sorprendía de los sabios consejos que a los niños daba. Aprendió a leer primero que los demás, a escribir muy rápido y así escribió cuando pudo:

En un palacio de azúcar
viven el hada y el príncipe
cerca de aquel pasan ríos
en que abundan las guayabas,
como abunda en altamar
la deliciosa frambuesa.
Solo un amigo los cuida;
él los quiere y los conserva
para que no sean comida
de gente de mala hierba.

Aunque con mucha razón se rieron de los versitos la maestra y los chicuelos, ella le calificó un cinco. Era el mejor de la clase. Los niños de toda la escuela apreciaban a Martincito y se sentían orgullosos de ser sus amigos.

Martincito nunca se portó mal en la escuela. Con frecuencia repartía entre sus compañeros los dulces que le daba doña Rosa. Todo esto hacía que don Sebastián se sintiera más orgulloso de su hijo.

Cuando llegó el fin de año y el cierre del año escolar, Martín recibió el primer premio por un cuento que narró en verso, de la siguiente manera:

Hay en el mundo un hada
que llamamos "don roscón"
y nunca está separada,
del príncipe "mojicón".
Tienen los dos un amigo
que poco o nada les da,
y a cambio de buen abrigo
lo preparan de verdad.
Ya de él están haciendo,
un gallardo muy formal,
esperando con acierto
convertirlo en celestial.
Si quieren bajar la luna
estos reyes lo podrán
pues son encantos de Dios
transformaditos en pan.

En la noche, don Sebastián y Rosita celebraron felices el grado de bachiller de la hija mayor y el puesto honorífico, muy merecido de Martín, como el mejor alumno de la escuela. Recibió una medalla

que tenía una cinta con los colores de la bandera colombiana; en una cara se veía una cruz y en la otra se leía: "Honor al mérito".

Mientras toda la familia celebraba el triunfo de la joven, Martín llevó su medalla hasta el sitio que él había convertido en un palacio de azúcar; colgó en una de sus paredes la medalla y después de besar a sus amigos, regresó corriendo a la fiesta para que no notaran su ausencia.

"El hada roscón y el príncipe mojicón" celebraron solitos el éxito de Martín y todos los granitos de azúcar de sus hombros brillaron esa noche como si fueran diamantes.

A la mañana siguiente, doña Rosita se levantó a preparar desayunos y a arreglar la casa, que había quedado desordenada, como quedan siempre las casas después de una fiesta; cuando a las diez todos se habían levantado y comentaban alegres el éxito y las experiencias del día anterior, hasta que extrañaron al más madrugador del hogar, a Martín, que no estaba por ahí. Seguro que se pasea por la panadería, pensaron, y fueron a buscarlo; al cabo de un rato se dirigieron a su cuarto y con asombro lo hallaron en la cama. No estaba dormido; sus ojitos estaban idos; su cuerpecito frío, el rostro muy pálido y vestido de blanco; en cada una de sus manitas le encontraron una miguita de pan. Martín se había ido al cielo esa noche; en su boca tenía la más linda

sonrisa; se convirtió, como él había escrito, en algo celestial; era un ángel.

Don Sebastián no encontraba consuelo, perdió su mejor hijo y adorado compañero.

No había rincón en la panadería que no recordara como algo que era parte de Martín y seguía trabajando, salando la masa con sus lágrimas que escurrían por sus mejillas de anciano.

De repente vio en un rincón una cajita de cartón arrugada y llevado por la curiosidad se acercó. Estaba llena de papeles con muchas tareas de Martín y en una de sus caras colgaba la medalla que el niño había recibido en la escuela; al lado, en letra menudita se podían leer estos versos:

Esta caja fue un palacio
que un niño a reyes dio;
sitio de mayor espacio
que de amor se alimentó.
Un hada y un príncipe hicieron
de su protector un ángel
y sus acciones se vieron
con satisfacción por Dios.
Buscándole en recompensa
la mayor felicidad,
lo apartaron de este mundo
que enseña tanta maldad.

78001002724567

LA POTENCIA DEL PUEBLO COLOMBIANO



radio sutatenza

Bogotá: 810 kHz

Medellín: 590 kHz

Cali: 700 kHz

Magangué: 960 kHz

Barranquilla: 1010 kHz